

BARTOLOMÉ ARAGÓN: ÚLTIMO INTERLOCUTOR DE UNAMUNO

*«Dios no puede volverle la espalda a España.
España se salvará porque tiene que salvarse»*
(Últimas palabras de Unamuno antes de morir.
31 de diciembre de 1936).

El 4 de febrero de 1999 moría en Madrid a punto de cumplir noventa años. Fue testigo de la muerte de Unamuno aquella tarde fría y postrera de 1936. Bartolomé Aragón, la persona que compartió con don Miguel los últimos instantes de su vida. Charlaban en torno a una camilla y al calor del brasero, en la casa que el ya por entonces ex rector habitaba en la calle Bordadores de Salamanca, frente al esbelto ábside gótico de las Úrsulas, «rincón melancólico y recoleto de la ciudad dorada», en palabras de Antonio de Obregón¹. Ninguno de los dos sospechó en momento alguno de la conversación que el día y la hora de quien había dejado escrito que no podía concebirse fuera del tiempo, inexistente, estaban al caer sobre él para plantarlo de súbito en la eternidad; que la hora de quien había fijado su mirada en la mirada de la Esfinge, escudriñando su secreto, estaba a punto de llegar... «¡Ser, ser siempre, ser sin término!... No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre...»². Quien así pensaba y sentía, Miguel de Unamuno y Jugo, vivía todavía acongojado por la inquietud religiosa, expectante semiescéptico y cordial de una sobrevivencia ultraterrena; preocupado por España y soñador desalado de un futuro más venturoso y cristiano para ella³. Tenía

1 Antonio DE OBREGÓN, «Un poeta llamado Miguel de Unamuno. Aquellos días en Salamanca», *ABC*, Madrid, 10-1-1983.

2 Miguel DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, OC, VII, Madrid: Escelicer, 1967, pp. 131-132, 136.

3 Véanse a este respecto algunas cartas de sus últimos años. Fechas: 2-V-1933, 23-XI-1934, 15-IV-1936, 23-IV-1936, 10-VI-1936, 1-XII-1936, 13-XII-1936. Pueden verse en Miguel DE UNAMUNO, *Epistolario inédito II (1915-1936)*. Edic. de L. Robles, Madrid: Espasa-Calpe, 1991.

entonces setenta y dos años. Y el único testigo de su tránsito, Bartolomé Aragón Gómez, veintisiete años, soñador también apasionado de una nueva España más justa y fraterna, según su modelo de convicción nacionalsindicalista. Gracias a él conocemos las últimas palabras de Unamuno al instante de morir. Aunque sólo sea por esto, merece nuestro recuerdo.

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Pero... ¿quién era este joven? ¿Qué hacía en Salamanca en casa de don Miguel aquel fin de año bélico, si desde agosto de 1936 estaba prestando servicios de campaña en el frente de Ríotinto, importante y áspera cuenca minera del centro de la provincia de Huelva, encuadrado como soldado *voluntario* en la columna Tercio de Requetés «Virgen del Rocío»?⁴ Lo veremos más adelante. Lo esencial de lo que ocurrió aquella tarde en casa de Unamuno lo sabemos, primero, por los periódicos de Salamanca *La Gaceta Regional* y *El Adelanto* del día 1.º de enero de 1937. Ambos diarios, en su última página, además de la noticia del fallecimiento y de algunos datos biográficos de don

⁴ *Expediente militar de Bartolomé Aragón Gómez* (Archivo General Militar de Ávila). Aragón pertenecía al reemplazo de 1930, que no fue movilizado hasta el 28 de marzo de 1937 («BOE», 29-3-1937). Fue, pues, *voluntario* a la guerra, lo que es preciso tener en cuenta para mejor entender los ideales que animaban al último interlocutor de Unamuno. Nada mejor para comprenderlo que las palabras de Pemán escritas por las fechas en que Aragón se enroló en la citada columna: «... en una guerra civil el reclutamiento de soldados tiene que tener especiales caracteres. No puede, como en la guerra europea, llamarse automáticamente quinta tras quinta, y movilizar así a la población civil, en masa, hasta edades avanzadas. En una guerra interior, como el enemigo está precisamente dentro de casa, dentro de esas masas de esa población civil, es preciso hacer el reclutamiento al través de una selección que de ningún modo se hace mejor que por una movilización voluntaria de cada uno de los que *sienten la santa causa por que peleamos*. El voluntariado: ésa es la fórmula de las guerras civiles. La Patria necesita batallones de voluntarios, y los tendrá con la misma largueza con que ha tenido dinero, aeroplanos y cuanto ha pedido.

«¡Voluntario! ¿Cabe nombre más bello, título más noble? ¿Cabe honra mayor que legar a nuestros hijos? Voluntario: soldado, no por una orden coactiva de movilización; no por un deber profesional: *soldado por fe, por impulso, por amor, por poesía*. El deber ya es mucho; pero la voluntad libre es todavía más» (José María PEMÁN, «La hora del deber», *ABC* de Sevilla, 19-8-1936). La cursiva es nuestra.

Miguel, daban ciertos detalles de sus últimos momentos y dos únicas notas sobre B. Aragón: el primero, que era «profesor auxiliar de la Facultad de Derecho»; el segundo, que era un «amigo» del finado ⁵.

5 En letra destacada anunciaba *La Gaceta*: «Ayer falleció don Miguel de Unamuno. Su muerte fue repentina. Mediada la tarde de ayer —proseguía en letra normal—, circuló por Salamanca el rumor de que don Miguel de Unamuno había fallecido. Inmediatamente procuramos comprobar la triste noticia, la que nos fue confirmada. Según parece, don Miguel de Unamuno venía haciendo en el día de ayer su vida normal, y hacia las seis de la tarde falleció repentinamente, sin que pudiera ser auxiliado por la Ciencia, pues, ninguna dolencia hacía presentir el rápido desenlace. Inmediatamente acudieron al edificio del señor Unamuno numerosos amigos, alumnos y universitarios, que testimoniaron a sus hijos sus condolencias. La Gaceta Regional hace presente a los hijos de don Miguel de Unamuno su más sentido pésame».

Después de una breve biografía, en la que se dice escuetamente, entre otras cosas, que «hace unos dos meses cesó en su cargo de Rector, por haberle retirado el claustro universitario, por unanimidad, su confianza», se abre un epígrafe con este título: «Algunos detalles de sus últimos momentos». Se trata del primer documento público que da cuenta de las circunstancias en que se produjo la muerte de Unamuno, así como de la presencia y actuación de B. Aragón. Dice lo siguiente: «Poco antes de morir el señor Unamuno, recibió la visita del profesor auxiliar de la Facultad de Derecho, señor Aragón, al que manifestó al preguntarle por su salud, que se encontraba perfectamente y como nunca de bien. Sentados frente a frente en la camilla que don Miguel ocupaba, llevaba éste como era corriente en él, el peso de la conversación, que versaba, por cierto, sobre el porvenir de España, máxima preocupación de don Miguel de Unamuno en estos últimos tiempos.

«De pronto, el señor Unamuno inclinó la cabeza y se puso intensamente pálido, comenzando a salir humo del brasero, circunstancia a la que atribuyó el señor Aragón el repentino mareo, que tal creía fuera el que había hecho perder el sentido al ilustre pensador. Se levantó a retirarlo y vio que se quemaba una de las babuchas de don Miguel y advirtió al mismo tiempo la verdad de una desgracia irreparable, avisando a la familia, que acudió con la ansiedad natural, procurando los auxilios de la Ciencia y de la Religión para el ilustre catedrático».

El Adelanto anunciaba en letra destacada: «Don Miguel de Unamuno y Jugo fallece repentinamente». Y añadía en letra normal: «En las primeras horas de la noche de ayer, circuló por nuestra ciudad el rumor del fallecimiento del ex-Rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno y Jugo. Momentos después comprobamos la noticia con todo género de detalles.

«El señor Unamuno, aunque algo delicado desde hace bastante tiempo, venía haciendo la vida normal. Ayer se levantó a las diez y media, y pasó la mañana leyéndole narraciones infantiles a su nieto Miguelín. A las cuatro y cuarto de la tarde, el señor Unamuno recibió la visita de un amigo, con el que estaba charlando en su despacho cuando sintió un desvanecimiento repentino. Momentos más tarde, expiraba rodeado de sus familiares».

Otra fuente inmediata es la de don José María Ramos Loscertales, ex rector de la Universidad, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, catedrático de Historia. Este profesor, según sus palabras, recogió «emocionada y limpiamente» el testimonio de un Aragón estremecido, aún azogado por la impresión, pero testimonio directo, inmediato y tan caliente casi como el cuerpo recién muerto de Unamuno; lo redactó a los pocos días del entierro y lo publicó como prólogo, en 1937, en un ensayo del propio Aragón sobre economía corporativa⁶. Pero estos relatos, por la misma inmediatez del hecho y la magnitud de la figura de Unamuno, que reclamaba para sí toda la atención, son muy parcos en noticias sobre su joven y último visitante. No obstante, dicho prólogo contiene algo más. Aparte el dato de la decadencia física de don Miguel, visible, según el autor, «hacía ya un año»⁷, y de las palabras esenciales que se pronunciaron en aquella conversación, se afirma de Aragón por boca de Unamuno que ya lo había visitado antes vestido «con la camisa azul», y que aquel mozo era, en palabras del

6 B. ARAGÓN, *Síntesis de economía corporativa*. Prólogo de RAMOS LOSCERTALES, «Cuando Miguel de Unamuno murió». Salamanca: Librería «La Facultad», 1937, pp. 13-16.

7 También *El Adelanto* decía el 1-1-1937 que Unamuno estaba «algo delicado desde hace bastante tiempo». En cambio *La Gaceta* afirmaba que «ninguna dolencia hacía presentir el rápido desenlace» (cf. n. 5). Su hija Felisa, en 1964, a una pregunta del periodista Juan Delgado sobre si la familia notó algún síntoma que denunciara una inmediata o próxima muerte de su padre, contestó en presencia de su hermano Rafael: «El día 15 de mayo de 1936, al cumplirse el 2.º aniversario de la muerte de nuestra madre, fuimos al cementerio y al salir, ya fuera del recinto, al montar en el coche —¡no se me olvida!— se echó a llorar y nos dijo: 'Pronto vendréis a verme a mí'. Parece como si él no se sintiese ya muy bien y hubiera tenido esa rara impresión al contemplar la tumba de nuestra madre. Unido todo ello, claro está, a la lesión de arterioesclerosis que padecía, precipitadas sus consecuencias por todos los disgustos que sufrió en los últimos meses de su vida» (*El Adelanto*, Salamanca, 29-9-1964, p. 4 del folleto conmemorativo). El mismo Unamuno fue dejando caer en sus cartas de 1936 breves frases sobre su estado de salud. Véanse las cartas de 15 y 23 de abril. En las de 10 de junio llega a escribir: «Mi salud no es la que era aunque no me impide hacer mi vida ordinaria y trabajar. He pasado quince días encamado con un fuerte ataque de reuma, aunque en la cama leía y escribía y hasta despachaba lo del rectorado. Mis asuntos familiares —cinco de mis ocho hijos corren todavía a mi cuenta— me ocupan y preocupan mucho. Me siento ya ¡aj! cabo! envejecer y el cuidado de dejar en regla mis cosas antes de tener que irme de este mundo» (Miguel DE UNAMUNO: o. c. en n. 3, p. 348).

propio prologuista, un «claro nacionalsindicalista meridional..., un joven nacido a la vida de la inteligencia bajo el signo del haz». También se dice que refundó en Huelva el periódico falangista *La Provincia*, que ofreció a Unamuno durante su visita, y que éste rechazó. Es todo cuanto el prólogo refiere acerca de Bartolomé Aragón.

Otra persona muy cercana a los hechos, que estuvo aquella noche en el velatorio y escuchó detalles de lo acontecido, el escritor Antonio de Obregón; uno de los falangistas que tuvo más trato con don Miguel y que ayudó a sacar el féretro de la casa mortuoria, dice tan sólo de Aragón que era «un catedrático» o un «colega» de Unamuno. Nota muy genérica como para identificar a alguien en Salamanca⁸. Nada aporta tampoco el periodista salmantino J. Juanes, que repite en enero del 40 lo dicho por *La Gaceta Regional* tres años antes: que Aragón era «profesor auxiliar de la Facultad de Derecho»⁹. Y bien poco es lo que añade el jefe provincial de Falange de Salamanca, Francisco Bravo, que había tratado también a Unamuno y estuvo muy cerca de los hechos. Del joven Bartolomé dice tan sólo que fue «su último interlocutor en este mundo»¹⁰.

8 Antonio DE OBREGÓN, «Anecdotario de los últimos días de don Miguel de Unamuno», *Domingo*, San Sebastián (2-1-1938): 3. *Domingo* era un semanario madrileño editado entonces en la capital guipuzcoana. Andando el tiempo Obregón repite dos veces más la misma nota de «catedrático» para referirse a Aragón. Más adelante contó así los últimos momentos de Unamuno: «A las cuatro de la tarde recibió la visita del catedrático señor Aragón. —¿Cómo se encuentra, don Miguel? ¿Cómo deja usted el año? — Perfectamente. Como nunca de bien'. Estaban en la camilla, junto al brasero. Al lado del cuarto de estar estaba la biblioteca llena de libros. Hablaron de los acontecimientos de aquellos días. De pronto, don Miguel inclinó la cabeza y se puso intensamente pálido. Su interlocutor, creyendo que se quemaba en el brasero, apartó la camilla y vio que la zapatilla de don Miguel ardía sin que él retirase el pie de las brasas... Se dio cuenta de que estaba sin sentido. Rápidamente llamó a la familia y muy pocos instantes después moría sin haber recobrado el conocimiento» (A. DE OBREGÓN, «Un episodio histórico. Cómo murió Unamuno», *ABC*, Madrid, 1-1-1963). Cf. el artículo del mismo autor citado en n. 1.

9 José JUANES, «A los tres años de la muerte de D. Miguel de Unamuno», *Fotos*, Semanario gráfico nacional-sindicalista, Año IV (6-1-1940) n. 149.

10 Francisco BRAVO, «Don Miguel, José Antonio y la Falange», *La Gaceta Regional*, Salamanca (31-XII-1961).

El primer libro sobre la vida y muerte de Unamuno que se ha ocupado más por extenso de Aragón vio la luz pública en inglés en 1963, y se debe a una autora norteamericana¹¹. Su testimonio procede, como en los casos anteriores, de fuente viva y directa, pues además de recabar información de personas estrechamente vinculadas con los hechos que narra, como doña Pilar Cuadrado, vecina de Unamuno y propietaria del inmueble¹², que acudió presto con María —hija de Unamuno— a las angustiosas llamadas de Aragón, la autora estuvo también conversando con éste en su casa de Madrid¹³. Su meritoria encuesta presenta no obstante una doble cara, positiva y negativa, desde el punto de vista historiográfico. Positiva en cuanto se esforzó por ofrecer datos hasta entonces desconocidos de la biografía de Aragón y de sus primeros encuentros con Unamuno; de los motivos que le llevaron a Salamanca y a casa de Don Miguel aquel fin de año, y de las personas con quienes se relacionó inmediatamente antes de su visita al ex rector y de algunos puntos de su conversación con él; de la habitación en que se produjo el óbito y demás circunstancias del mismo y de quienes acudieron al instante a su aviso. Negativa en el sentido de que, por no haber depurado ni confrontado críticamente con otros recursos las fuentes orales de que únicamente se sirvió para tejer la biografía de Aragón, ésta es pobre, apenas verosímil en algunos detalles y francamente desviada

11 Margaret Thomas Rudd, *The lone Heretic. A Biography of Miguel de Unamuno y Jugo*. Introduction by Federico de Onís. New York: Gordian Press, 1976, reprinted with corrections. La primera edición vio la luz en Austin, en la University of Texas Press, en 1963.

12 Este dato y otros pormenores sobre la vivienda de Unamuno los debo a José Paniagua Melón, hijo de don Emérito Paniagua Comendador, compañero de claustro de Aragón en la Escuela de Comercio de Salamanca desde que inició su andadura en el curso 1935-36. El abuelo materno de Pepe, don Demófilo Melón, compró posteriormente el inmueble a su propietaria, y por tanto la vivienda que habitaba en alquiler Unamuno. Doña Pilar, la propietaria, era su única vecina de planta. Agradezco a Pepe la amabilidad (de raíz le viene) que ha tenido en mostrarme, en compañía de su madre, la vivienda que ocupó y en la que murió Unamuno. Cf. Manuel GARCÍA BLANCO, «Viviendas salmantinas de don Miguel», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, VI (1955) 65-75.

13 «The author —escribe Rudd— visited Bartolomé Aragón at his home at N.º 19 on the Calle Zorrilla in Madrid on June 9, 1959, at which time Aragón gave the information contained herein» (Margaret TH. RUDD, *o. c.* en n. 11, p. 311).

en otros¹⁴. Aparte de que expone a veces (me refiero a estos elementos de su trabajo) en un estilo de novela de intriga, que hace que en determinados pasajes desmerezca la seriedad y rigor que deben acompañar a toda obra histórica¹⁵.

Fijémonos primero en lo positivo; en aquellos puntos de la obra que, comparando diversas fuentes, podemos decir con seguridad que la autora contribuyó, en 1963, a un mejor y más completo conocimiento del joven Aragón y de las circunstancias de la muerte de Unamuno. Dejemos para después lo dudoso o erróneo de su trabajo. He aquí lo que aportó con fidelidad: 1) Que Aragón estuvo en Italia becado para estudiar economía y que volvió de allí muy bien impresionado por Mussolini y su país. 2) Que hizo oposiciones a la Escuela de Comercio de Salamanca, donde fue profesor. 3) Que durante su estancia en la ciudad del Tormes residió en el Hotel Novelty, situado en la Plaza Mayor. 4) Que su primer encuentro con Unamuno fue en una reunión (o sala) de profesores, donde ambos se enzarzaron a propósito de la distinta valoración que tenían de Mussolini y su país, muy negativa la de don Miguel, muy positiva la de Aragón¹⁶. 5) Que en clima más distendido se vieron al menos

14 Algunas de estas deficiencias eran insalvables entonces por la falta de recursos para la investigación; otras, sin embargo, pudieron evitarse.

15 Aunque sin mayor precisión, el crítico literario Ricardo Gullón ya hizo notar que Rudd «narra con algunos errores» (R. GULLÓN, «Unamuno en el extranjero», *Ínsula*, Madrid (1964): 13, nn. 216-217). Por su parte, Emilio Salcedo, sin entrar tampoco en detalles, puso la siguiente coletilla a las tres ediciones de su libro sobre Unamuno «Corrigiendo pruebas de la primera edición de este libro llegó a conocimiento del autor el libro de Margaret Thomas Rudd, *The lone heretic. A biography of Miguel de Unamuno y Jugo...*; libro generoso, noble esfuerzo por hacer una biografía de don Miguel, pero que, aun en los numerosos puntos de contradicción con esta *Vida de don Miguel* que el lector tiene en sus manos, no invalida en nada la información de primera mano y la veracidad de las noticias. El libro de la señora Rudd es generoso, ya lo he dicho, un buen comienzo para hacer la biografía de Unamuno; pero la señora Rudd desconoce en buena parte los escondidos meandros de la historia de España y de la vida de Salamanca» (E. SALCEDO, *Vida de don Miguel*. Prólogo de P. Laín Entralgo. Salamanca: Anthem, 1998, 3.ª ed., p. 502). En ninguna de las ediciones se hizo cargo Salcedo del libro de Rudd.

16 Es muy improbable que Unamuno en su enfado, como afirma la autora, cogiera airadamente por las solapas a Aragón en la Universidad. Téngase en cuenta que éste se presentó a él como Catedrático de la Escuela de Comercio y Profe-

una vez más, invitándolo Unamuno a pasear. 6) Que al estallido de la guerra civil marchó al frente como soldado. 7) Que en diciembre del 36 fue llamado a Salamanca a examinar. 8) Que por esas fechas tenía redactada una memoria de su estancia en Italia, que algunos profesores le urgían a publicar. 9) Que sobre esa memoria versó su conversación con don Esteban Madruga, nuevo rector, aquella misma tarde del 31 de diciembre, tomando café en la Plaza Mayor. 10) Que sobre la publicación de su memoria esperaba hablar también con don Miguel aquella tarde. 11) Que a pesar de que éste no recibía visitas por entonces, Aragón logró concertar la cita por teléfono a través de su hijo Rafael. 12) Que hacía mucho frío aquel día y que era la primera vez que iba a casa de Unamuno. 13) Que le abrió la puerta Aurelia, la sirvienta, y lo llevó hasta donde estaba sentado a la camilla, calentándose los pies en la habitación del fondo, delante de la ventana bajo la que había un jardín. 14) Que don Miguel le invitó a sentarse frente a él, e inició la conversación, que versó, entre otras cosas, sobre Ortega y Gasset. 15) Que por algún motivo Unamuno se alteró mucho y Aragón intentó calmarlo. 16) Que en cierto momento el joven percibió un olor a quemado, cuando de pronto don Miguel se desmayó y se desplomó hacia adelante sobre la mesa. 17) Que Aragón lo sujetó y logró de algún modo llevarlo al sofá. Fue entonces cuando se dio cuenta que una de las zapatillas de don Miguel echaba humo. 18) Que cuando llegó

sor Auxiliar de la Facultad de Derecho. Es muy raro que todo un rector, con el prestigio de que gozaba, se comportara de esa manera tan burda con un profesor recién llegado. Según cuenta Rudd, al expresar Aragón la buena impresión que le causó la Italia de Mussolini, Unamuno le dijo: «No querrá Vd. negar que Mussolini es un vulgar asesino». A lo que contestó Aragón con firmeza: «Si eso es así, nosotros necesitamos en España un vulgar asesino tan pronto como sea posible» (M. Th. RUDD, *o. c.*, en n. 11, p. 309). En 1986, el propio Aragón relataba así su primer encuentro con Unamuno: «Conocí a don Miguel un buen día en que asistí al claustro de profesores. Yo impartía clases como auxiliar de la Facultad de Derecho y tardé unos días en presentarme al rector. En esa reunión me encontré, pues, con Unamuno. Por decirlo llanamente, le caí muy bien a don Miguel. Era un personaje difícil, a quien le gustaba que le llevasen la contraria. Ese día que nos vimos por primera vez, discutimos mucho. Acababa yo de regresar de Italia, donde había estado becado, y don Miguel tenía opiniones muy distintas respecto a las mías de ese país. Recuerdo que echó pestes de Mussolini» (Pérez MATEOS, «Yo vi morir a Unamuno. Bartolomé Aragón, testigo único», *ABC literario* [27-12-1986]: XXIV).

el doctor salió, todo asustado, a buscar una medicina. 19) Que esa noche fue mucha gente al hotel a preguntarle por lo ocurrido, tanta que no quiso recibir a nadie más. 20) Que uno de los que fueron le dio la alarmante noticia de que la radio roja había difundido el cuento de que Unamuno había sido envenenado. 21) Que con un susto espantoso escribió a máquina un informe sobre las circunstancias de la muerte de Unamuno, informe que entregó a alguien; y que aquella noche, desvelado, leyó el poema compuesto por Unamuno treinta años antes, en la nochevieja de 1906: «Es de noche, en mi estudio...»¹⁷. Lectura que le impresionó profundamente, y que nunca olvidaría¹⁸.

Reproduce a continuación el fragmento del prólogo de Loscertales en que se recogen, traducidas al inglés, las palabras esenciales de la conversación entre Unamuno y Aragón¹⁹. Helo aquí en la versión original española: «Hacía ya un año que Unamuno decaía físicamente y de ello tenía plena conciencia. Le oí decir muchas veces: 'Yo moriré como mi mujer pero más deprisa, más deprisa'. Luego, el natural temor a la Muerte, le hizo enmascarar la conciencia de su proximidad con un rotundo: 'Me encuentro mejor que nunca'. Estas fueron, precisamente, las palabras con que contestó al autor de este agudo libro el 31 de diciembre de 1936, a las cuatro y media de la tarde. Tras ellas sentose a la camilla para comenzar el último de sus monólogos.

«Amigo Aragón, le agradezco que no venga V. con la camisa azul, como lo hizo el último día, aunque veo que trae el yugo y las

17 Es probable, como apunta la autora, que el informe lo entregara esa misma noche a Ramos Loscertales. También lo es, en mi opinión, que fuera este profesor, prologuista de su libro donde incluyó ese poema, el que se lo dejara esa noche para que lo leyera.

18 Tirando de su libro se lo leyó a la autora en 1959 y al que esto escribe treinta y siete años después, en la víspera de la Navidad de 1996. Realmente, la lectura de aquel poema premonitorio de la muerte de Unamuno, le hizo una impresión indeleble. El «valor dramático [de este poema] —escribe Manuel García Blanco— se acendra al recordar que treinta años más tarde, exactamente el mismo día, era ese su final» (M. GARCÍA BLANCO, «Crónica unamuniana, 1937-1947», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, I [1948] 105).

19 A este prólogo se remitió siempre don Bartolomé hasta el final de su vida. También para otros gozó de la máxima autoridad.

flechas...²⁰. Tengo que decirle a V. cosas muy duras y le suplico que no me interrumpa. Yo había dicho que la guerra de España no es una guerra civil más, se trata de salvar la civilización occidental; después dijo esto mismo el general Franco y ya lo dicen todos».

«El monólogo, hasta aquí cerrado, se abre en ráfagas de pasado nacional histórico y arqueológico, de recuerdos sentimentales de hombres del presente, de visiones de otros pueblos; y hay más amargura y más dolor en los comentarios que acritud o dureza.

«Bartolomé Aragón ofreció a D. Miguel de Unamuno un ejemplar de *La Provincia de F. E.* que refundara²¹ en Huelva:

‘No quiero verlo. No quiero ver esas revistas de ustedes, porque... ¿cómo puede irse contra la inteligencia?’

‘Don Miguel, Falange ha hecho un llamamiento a los trabajadores de ella’.

‘¿Cómo!’

‘Sí, sí, lo ha hecho y le prestarán su apoyo, no lo dude V.’.

«¿Dudaba de ello el intuitivo formidable que fue Miguel de Unamuno? Lo creía en el meollo de su alma. Y lo creía porque lo esperaba.

«Cuando un momentáneo desfallecimiento de su interlocutor le hizo decir:

‘La verdad es, que a veces pienso si no habrá vuelto Dios la espalda a España disponiendo de sus mejores hijos’.

«Don Miguel descargó un recio puñetazo sobre la mesa y exclamó:

‘¡Eso no puede ser, Aragón! Dios no puede volverle la espalda a España. España se salvará porque tiene que salvarse’.

20 Me contó Aragón que él nunca fue a ver a Unamuno vistiendo la camisa azul. Téngase en cuenta que pertenecía a la Falange de Huelva, y que en Salamanca no desempeñó nunca cargo alguno relacionado con ella. La guerra le cogió, no en Salamanca sino en su ciudad natal. Es posible, pues, que en este punto Unamuno confundiera a Aragón con otro u otros falangistas que lo visitaban o paseaban con él por aquel entonces, como nos lo cuenta de sí mismos Antonio de Obregón, Francisco Bravo, Víctor de la Serna o Eugenio Montes...

21 El término «refundara» ha sido vertido al inglés por «published», que no expresa con fidelidad el genuino significado que tiene aquél en español.

«Y [como en el emocionante episodio de aquel monje Jerónimo, cantor y músico, que narra el extraordinario escritor que fue el P. Sigüenza, y que él gustaba recordar] 'con la última palabra dio el último suspiro' de cara a Dios, a España y a Falange que lo veía, doloridamente, [morir] entre sus brazos y que alzó sobre ellos, con un movimiento espontáneo y juvenil, sus restos, para llevarlos a la casa de Dios y hacerlos descansar en el puerto de los ojos de la compañera de su vida y en el hogar del Padre»²².

Hasta aquí lo que B. Aragón contó a la autora y el testimonio que dio de lo sucedido a periodistas y a Ramos Loscertales. Todo ello debe ser admitido como cosa cierta, salvo pequeños detalles. La convergencia en puntos muy concretos con otros testimonios de primera hora, entre ellos los de la hija de Unamuno, Felisa, y el de don Esteban Madruga, aseguran la veracidad del conjunto y la fidelidad de la transmisión²³. Por otro lado, el prólogo de Ramos Loscertales, por su proximidad a los hechos y por la personalidad de su autor, ha gozado siempre de la máxima autoridad. Así lo ha reconocido un unamonólogo tan acreditado como

22 Lo que está entre paréntesis no consta en el texto inglés.

23 La hija de Unamuno, Felisa, en 1964, a una pregunta del periodista Juan Delgado sobre cómo se enteró de la muerte de su padre, contestó en presencia de su hermano Rafael: «Ninguno de los dos estábamos en casa. Sólo estaba María. Bartolomé Aragón estaba hablando con nuestro padre, sentados junto a la camilla, leyéndole un libro que había escrito, cuando vio que nuestro padre se había caído sobre la camilla. Entonces llamó a María, que estaba en otra habitación, y comprobaron que había muerto. Nosotros nos enteramos poco después, a medida que íbamos regresando a casa» (*El Adelanto*, Salamanca, 29-9-1964, p. 4 del folleto conmemorativo). Por su parte, don Esteban Madruga, que había sido vicerrector con Unamuno desde abril de 1931 (cf. E. SALCEDO, *o. c.* en n. 15, p. 382) hasta octubre de 1936, en que fue designado Rector, entregó una nota a *El Adelanto* en septiembre de 1964, en que decía entre otras cosas: «Desde aquella fecha [nombramiento como vicerrector] trabajamos juntos y unidos en pro de la Universidad, como verdaderos amigos y compañeros, y nuestra amistad no tuvo eclipse, ni fricción alguna, hasta su muerte, a la que no estuve presente por verdadera casualidad, ya que había estado tomando café conmigo el único testigo presencial, don Bartolomé Aragón, y quería que le acompañase para enseñar a don Miguel el folleto que iba a publicar sobre Corporativismo, y como en aquel momento tenía que asistir al entierro de la madre del magistral, doctor Albarrán, le dejé en la puerta de la casa de don Miguel y cuando volví había ocurrido el fallecimiento» (*El Adelanto*, Salamanca, 29-9-1964, p. 3 del folleto conmemorativo).

Manuel García Blanco²⁴. Y a su contenido esencial apeló de por vida el propio Aragón, reafirmando en toda ocasión. La última vez que yo sepa, dos años y un mes antes de morir, cuando lo visité en su casa madrileña el 28 de enero de 1997. Me entregó entonces un inédito suyo escrito a máquina para mi uso particular, donde consta la reafirmación de aquel documento.

Pero la autora norteamericana tuvo el mérito de explorar también otro testimonio oral, el de doña Pilar Cuadrado, que le facilitó algún que otro dato complementario²⁵: 1) Que Aragón se encontró solo en casa de Unamuno porque Felisa había salido antes en compañía de un vecino a llevar a su sobrino Miguelín a ver los nacimientos; y María, su hermana, se quedó en casa de doña Pilar ayudándole a cuidar de su hija Paquita, enferma en la cama²⁶. 2) Que cuando llegó Aragón, sólo estaba en casa Aurelia, la sirvienta, que llevaba con la familia Unamuno casi desde que nació Miguelín. Una vez introducido Aragón, se fue a la cocina a trabajar²⁷. 3) Que, según Felisa, Bartolomé estuvo charlando con don Miguel unos quince minutos²⁸. 4) Que en cierto

24 Cf. Manuel GARCÍA BLANCO, *o. c.* en n. 18, p. 104. Eugenio Montes también declaró que la muerte de Unamuno «nadie lo ha contado con tanta exactitud como Ramos Loscertales en el prólogo a un libro de don Bartolomé Aragón» (*El Adelanto*, Salamanca, 29-9-1964, p. 2 del folleto conmemorativo).

25 Es posible que a la vista de cómo narra el testimonio, charlase también con Felisa, pero no es seguro. Lo que pone en boca de la hija de Unamuno pudo muy bien contárselo doña Pilar, por haberlo oído ella misma de Felisa.

26 Téngase en cuenta la versión de Felisa en 1964 sobre dónde se encontraba su hermana durante su ausencia (cf. n. 23). Hay diferencia respecto del testimonio de doña Pilar. Según Felisa, María se hallaba en su casa, «en otra habitación». En este punto parece más fiable el recuerdo de doña Pilar, aunque sólo sea por haber permanecido en su casa, que lindaba con la de Unamuno, en el momento del óbito. Sus puertas, muy próximas entre sí, daban al mismo rellano. Es, pues, muy verosímil, como lo cuenta, que acudiera inmediatamente desde su casa junto con María a la habitación donde estaba Unamuno ya inconsciente.

27 La cocina estaba al otro lado del jardín, y desde ella podía accederse a éste y a la galería alta, desde donde podía verse la habitación en que se hallaban Unamuno y Aragón.

28 Lógicamente, el tiempo que estuvo Aragón con don Miguel lo debieron saber doña Pilar y Felisa por Aurelia o por el propio Aragón. No obstante, en una entrevista que se hace a éste en 1986, se amplía el tiempo de conversación a una hora. Según esto, si la llegada de Aragón a casa de don Miguel fue sobre la 16.30, como lo recoge Ramos Loscertales en 1937 y el propio Aragón en 1986, la muerte de Unamuno debió

momento Aurelia oyó desde la cocina gritar a Unamuno. Salió al jardín para ver qué ocurría, pero viendo a don Miguel charlando normalmente, volvió a su trabajo. 5) Que fue entonces cuando 'Aragón vio a mi padre caerse hacia adelante —son ahora palabras de Felisa— y dio aviso. Cuando regresé —sigue diciendo Felisa— tenían a mi padre en el sofá. Estaba muerto'. 6) Que María y doña Pilar oyeron a Aragón pedir auxilio y, ayudadas por él, colocaron a don Miguel, ya inconsciente, en el sofá²⁹. 7) Que doña Pilar, amiga íntima de doña Concha, la mujer de don Miguel, se llevó la cabeza de éste hacia sí, y en sus brazos dio el último suspiro»³⁰.

ocurrir sobre las 17.30. «Hacia las 6 de la tarde», informó *La Gaceta Regional* el 1.º de enero de 1937. Es de notar también la disparidad de opiniones sobre la hora de llegada de Aragón a la casa de Unamuno. Según *El Adelanto* (1-1-37), habría sido a las 16.15; según Obregón, «después del almuerzo» (2-1-38), dato que especifica después diciendo que fue a las 16 horas (1-1-63 y 10-1-83). Ya sabemos cómo Ramos Loscertales y Aragón hablan de las 16.30. Como se ve, nada firme puede establecerse a este respecto. Lo más probable es que la visita comenzara sobre las 16.30 y el fallecimiento se produjera entre las 5.30 y las 6 de la tarde. Sin embargo, para más confusión, el médico que certificó la muerte de don Miguel estampa en su documento que fue a las 16 horas, dato que recoge también el *Acta de Defunción*. Pero esta hora no puede ser tenida en consideración, pues la muerte se habría producido (si es que se toma como referencia la hora de visita que da Obregón) en el mismo momento en que Aragón llegó a la casa, sin tiempo de intercambiar palabra con don Miguel. ¿Cómo, pues, certificó el médico esa hora del fallecimiento, a todas luces imposible? Sencillamente, para que el entierro pudiera tener lugar legalmente dentro de las veinticuatro horas siguientes al óbito, como así ocurrió. De haber certificado la hora real de la muerte, habría que haber aplazado el enterramiento al 2 de enero, pues dada la época invernal, la noche se hubiera echado encima. Esta consideración se la debo a don E. Villalobos Mier, hijo del amigo íntimo de Unamuno, Dr. Filiberto Villalobos, ex ministro de la República. Le quedo por ello muy agradecido.

29 Nótese que Aragón no habla en su testimonio de la presencia de estas mujeres en esos momentos críticos. Pero su silencio en este punto no es contradictorio con el testimonio de doña Pilar. Ella y María pudieron estar allí ayudando, sin que por eso Bartolomé, más fuerte que ellas, dejase de sujetar a Unamuno y llevarlo al sofá. Sus nervios y el probable desconocimiento de aquellas mujeres le hizo posteriormente omitirlas.

30 Aquí hay abierta contradicción entre los dos testimonios, pues mientras don Bartolomé, desde el principio hasta el final, mantuvo de palabra y por escrito que Unamuno murió en sus brazos, Doña Pilar dijo a la autora norteamericana que fue en los suyos. ¿Es posible concordar ambos testimonios? Creo que sí con la condición de distinguir entre el «último suspiro» (muerte física) y el «último acto consciente» (entrar en coma). Si lo primero, es posible que Unamuno diera su último suspiro en brazos de

Así pues, a la altura de 1963, mucho e interesante añadió Rudd a lo ya sabido sobre las circunstancias de la muerte de Unamuno y sobre su último interlocutor. Pero junto a datos seguros o más o menos verosímiles, la autora norteamericana incluyó otros que no lo son tanto, o al menos no pueden gozar de plena credibilidad; e incluso los hay abiertamente erróneos. Señalemos los que deben ser corregidos o matizados. Más adelante quedarán rectificadas en forma: 1) La fecha de llegada de Aragón a Salamanca para incorporarse a la Escuela de Comercio no fue 'a finales de 1934' sino en septiembre de 1935. 2) No vino, como se dice, 'para enseñar Comercio' sin más, sino *Legislación Mercantil Comparada*. 3) Dicha Escuela no tenía rango universitario, como supone la autora. 4) Aragón no ocupó en la Universidad la Cátedra de Derecho Civil, sino que, nombrado en diciembre del 35 profesor auxiliar de la Facultad de Derecho, se le encargó la Cátedra de *Economía Política*. 5) La Universidad no pudo llamar aquel diciembre a Aragón para examinar, aunque pudo hacerlo la Escuela. 6) Aquella su última tarde, Unamuno estaba en su camilla calentándose en un brasero de cisco y no en una estufa eléctrica. 7) El Prólogo de Ramos Loscertales vio la luz por primera vez en el libro de Aragón y no en un periódico de Salamanca³¹. 8) No hay fundamento para decir que Unamuno tenía previsto publicar un libro titulado *De mis santas campañas*³². 9) Es posible, como dice la autora, que Aragón, completamente asustado, dejase Sala-

doña Pilar, tanto más que el joven Aragón fue enviado por el médico a una farmacia a buscar una medicina. Señal de que el facultativo vio todavía con vida a don Miguel. Si lo segundo, es claro que Unamuno murió exclusivamente delante de Aragón, al instante de perder su conciencia. Y es lógico que siempre creyera que había muerto entre sus brazos, pues fue el primero que lo recogió para llevarlo al sofá.

31 *La Gaceta Regional*, periódico de Salamanca, reprodujo íntegro el prólogo el 31 de diciembre de 1937. Y el mismo periódico declara que lo toma del libro de Aragón.

32 Este error es más grave, pues sobre ese supuesto proyecto de libro, *De mis santas campañas*, monta la autora la hipótesis gratuita del miedo que pudo tener Franco a la publicación de dicha obra. El error consistió sencillamente en que Rudd o se equivocó al leer o creyó que «compaña», palabra que leyó en textos de Mario Puccini (cf. *La Gaceta Regional*, Salamanca, 31-XII-1937, p. 4) o en artículos del propio Unamuno (*Mis santas compañías*) era una palabra errónea, por lo que la cambió por «campaña», que sonaba más a español. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que alteró consciente o inconscientemente el término original. Cf. RUDD, o. c. en n. 11, pp. 309, 312.

manca inmediatamente después del funeral, al día siguiente de la muerte de Unamuno. Es posible, pero tal como está redactado da la impresión de que la abandonó definitivamente, como huyendo de algún fantasma que le perseguía, y no es así, pues lo vemos actuando de diversa forma en la ciudad del Tormes a lo largo de enero del 37. Lo veremos más adelante. No obstante, es cierto que, como lo recoge la autora, algunos medios afines al bando republicano había difundido la especie de que Unamuno había sido envenenado, y que alguien se lo hizo saber a Aragón aquella misma noche. Esto pudo causarle una honda inquietud y retraerlo de todo contacto público³³.

Después del libro de Rudd, con sus virtudes y defectos, nadie ha aportado nada nuevo sobre Bartolomé Aragón ni ha añadido dato alguno de interés sobre la muerte de Unamuno. Con motivo del centenario de su nacimiento, *El Adelanto* le dedicó un suelto de cuatro páginas. Lo más interesante a nuestro objeto lo hemos dado a conocer más arriba. Son las aportaciones de Felisa, hija de Unamuno, y de don Esteban Madruga³⁴. También colaboró Eugenio Montes, que sólo mencionó de B. Aragón el nombre, si bien poniendo en su boca una frase que hasta ahora no sabíamos que la hubiera pronunciado en aquella situación. Dice que después de las últimas palabras de Unamuno, que reproduce simplificadas, se produjo un silencio, y añade: «Parecía que se hubiese adormilado. El señor Aragón notó que una pantufla echaba humo», y dijo: «Se está usted quemando...»³⁵.

33 M. TH. RUDD, *o. c.* en n. 11, p. 310. Cf. también el artículo sin firma: «Defensa de la tumba de Unamuno», *La Gaceta Regional*, Salamanca (20-1-1937): 1, 4. Aludiendo aquí genéricamente a los chismes que se habían propalado en zona republicana sobre la causa de la muerte de Unamuno, se hace eco el autor anónimo de «las insidias marxistas que esparce el desparpajo de cierta prensa turbia del extranjero». También se hace eco de lo mismo A. DE OBREGÓN en su artículo de 2-1-38, citado en n. 8. Escribía lo que sigue a este respecto: «La muerte de Unamuno causó en el extranjero gran sentimiento... En cambio, la Prensa y radio rojas dieron pruebas de su sordidez y de su brutalidad, arremetiéndolo contra el difunto e inventando las más absurdas patrañas. Se hicieron las más pintorescas suposiciones sobre su muerte. *L'Humanité* de París dio por seguro su asesinato por los falangistas. Los periódicos de Madrid y Barcelona decían lo mismo, y también la versión de que había muerto en la cárcel...».

34 Cf. n. 23.

35 Nótese que la versión más plausible es que se cayó hacia adelante sobre la camilla, y sólo cuando fue a recogerlo Aragón, no antes, se dio cuenta de que una

Tampoco enriquece nuestro conocimiento de Aragón Emilio Salcedo, que sigue en lo fundamental el prólogo de Ramos Loscertales³⁶. No obstante, modifica algún que otro dato de los ya conocidos, y pone también en boca de Aragón expresiones hasta ahora ignoradas³⁷. De modo parecido hay que valorar el libro de Luciano González Egido, pues en lo que respecta al objeto propio de nuestro estudio no hace sino sintetizar con gran maestría y lujo de detalles lo ya sabido; eso sí, coloreándolo con el arte de la novela. El conjunto gana así en viveza y dramatismo³⁸. Algún dato de interés para nuestro trabajo hay en el suelto que *La Gaceta Regional* de Salamanca dedicó a Unamuno con motivo del cincuentenario de su muerte. De esta publicación conviene destacar la entrevista hecha a

de las babuchas de don Miguel echaba humo, aunque ya había notado antes un cierto olor a quemado, sin poder precisar qué era lo que se quemaba. Cf. E. MONTES, «El otro Unamuno. Don Miguel y la España eterna», *El Adelanto*, Salamanca 29-IX-1964, p. 2 del suelto.

36 E. SALCEDO, o. c. en n. 15. La 1.^a ed. es de 1964 y la 2.^a de 1970, ambas publicadas en Salamanca por la Editorial Anaya.

37 He aquí las modificaciones introducidas por Salcedo: 1) Que Unamuno recibió a Aragón en el *despacho* y no, como señala el testimonio del propio Aragón recogido por Rudd, «en la habitación del fondo, delante de la ventana bajo la que había un jardín». Es de notar que el despacho estaba en otra estancia de la casa. 2) Que Aragón visitaba «con frecuencia» a Unamuno. Dicho así, da la impresión que Aragón ya había estado antes en casa de don Miguel. Sin embargo, según Aragón, recogido también por Rudd, «era la primera vez que iba a casa de Unamuno». 3) Que inmediatamente después de pronunciar las últimas palabras, «Unamuno se reclina de nuevo en su sillón y hunde la barbilla en el pecho. El silencio ha vuelto al despacho. El visitante nota que Unamuno no se mueve. Sus zapatillas se están quemando en el brasero. Don Miguel ha muerto». Salcedo modifica la forma en que Unamuno murió, que fue cayendo hacia adelante sobre la camilla, según testimonios de Rudd (= Aragón) y Felisa. 4) El autor pone en boca de Aragón expresiones desconocidas hasta entonces. Dice Salcedo que a la vista de lo sucedido, avisa a la familia de Unamuno diciendo: «¡Don Miguel, don Miguel!... ¡Yo no le he hecho nada!... ¡Yo no le he matado!». La localización de los textos de Salcedo en pp. 478-480, 3.^a ed. de su obra en n. 15.

38 L. GONZÁLEZ EGIDO, *Agonizar en Salamanca*. Madrid: Alianza, 1986. Lo novedoso de su libro en cuanto a la causa de la muerte de Unamuno es que, según él, «los médicos certificaron... [que fue] por *congestión cerebral*» (p. 17). También se hace eco de que «alguien dijo que la radio republicana había dicho que lo habían envenenado». Sin embargo, «después se supo que había muerto de muerte natural, *intoxicado por el brasero*» (p. 271, 18). En la nota siguiente se hace alguna precisión sobre estos datos.

uno de los nietos de Unamuno y el artículo de Elías Díaz. En la primera, Miguel de Unamuno Adarraga, hijo de Fernando, el mayor de don Miguel, y de Mercedes, dice al final de la entrevista que su abuelo «murió repentinamente de un *derrame cerebral* mientras hablaba con una persona, un falangista. Algunos falangistas iban a verlo, todavía tenían la esperanza de convertirlo al falangismo. El hombre se asustó y salió gritando que él no había hecho nada; el ambiente de Salamanca era tal después de lo del 12 de octubre que se podía pensar hasta que lo podían matar»³⁹. Por su parte, Elías Díaz también visitó a Bartolomé Aragón para recabar información de primera mano. Pero ninguno de los dos amplía el conocimiento que ya se tenía por esos años de aquel joven falangista.

Coincidiendo con el cincuentenario de la muerte de Unamuno, *ABC Literario* le dedicó también varias páginas. De ellas interesa destacar a los efectos de este trabajo la entrevista que hizo a B. Aragón el periodista Pérez Mateos⁴⁰. Teniendo a la vista todo cuanto hemos ido recogiendo, y comparándolo con este nuevo testimonio público de don Bartolomé, dado a los setenta y siete años de edad, cincuenta años después de los hechos, hay que decir: 1) Que en esta entrevista funde lo esencial de su primer testimonio y lo que comunicó a la señora Rudd. 2) Que introduce algún dato nuevo, entre los que destacamos: a) Un juicio personal sobre Unamuno. Dice de él que «era un personaje difícil, a quien le gustaba que le llevaran la contraria»⁴¹. b) El motivo de su visita al ex rector aquella tarde. Silencia lo de la presentación del manuscrito de su libro y

39 Obsérvese que el nieto de Unamuno emplea la expresión «derrame cerebral» en vez de «congestión cerebral», como hizo González Egido. El médico que certificó la muerte de don Miguel, el doctor don Adolfo Núñez Rodríguez, dijo que la causa *inmediata* de ella fue una «hemorragia bulbar», y la causa *fundamental* que la produjo, la «arterioesclerosis e hipertensión arterial» (*Certificado de defunción de Unamuno*. Juzgado n. 5 de Salamanca). Este médico, amigo de don Miguel, vivía en la calle llamada entonces Doctor Riesco, 35 (frente al Liceo), en el edificio donde hay hoy una farmacia, cuyo anterior propietario fue precisamente don Quirino Rodríguez Paradinas, que regentaba una de las farmacias de la plaza Mayor cuando la muerte de Unamuno (cf. n. 46).

40 *ABC literario*, Madrid (27-12-1986) XXIV.

41 Este juicio tiene interés para comprender por qué Aragón le «cayó muy bien» a Unamuno, como él mismo dice. Más adelante nos detendremos en este punto.

manifiesta que, conocedor del incidente de octubre, pensó «que estaría muy solo», y quiso verlo⁴². c) Su amistad con Unamuno. Aragón debía ser para él una persona bien conocida⁴³. d) La duración de la entrevista. Sería sobre una hora⁴⁴. e) Sobre las circunstancias del fallecimiento. Pasado ese lapso de tiempo, una hora, Aragón notó que Unamuno palidecía y perdía el equilibrio, vacilaba, a la vez que percibía «que del brasero emanaba un extraño humo», creyendo «que, en un principio, el tufo le estaba mareando». Sin embargo, «estaba en un error. Sus piernas se le aflojaron y las introdujo en el brasero. Todo sucedió muy rápidamente. En ese instante me levanté y pedí auxilio. Vino la criada y con su ayuda le cogimos y dejamos su cuerpo sobre un diván»⁴⁵. f) Localización genérica de la farmacia donde adquirió una medicina para Unamuno. «Yo estaba estremecido ante la escena —sigue diciendo Aragón—. Inmediatamente llegó un médico, quien me indicó que le trajera una medicina; medicina que adquirí en una farmacia de la plaza Mayor. (El médico pudo ser don Filiberto Villalobos, ex ministro, que vivía muy cerca de la casa de Unamuno). El doctor, en vista de mi nerviosismo, me recomendó que me marchara a descansar, lo que hice con prontitud»⁴⁶. 3) Por

42 Esta afirmación no empece que llevase también a Unamuno el manuscrito de su libro. En los apuntes inéditos consultados, posteriores a la declaración a *ABC*, en medio de fallos de memoria por superposición y mezcla de hechos, dejó escrito a propósito de su visita a Unamuno: «Sentí verdadera necesidad de estar al lado de don Miguel y solicité, por teléfono, de su hijo Rafael, si podría ir a saludarle. La contestación fue, como siempre, de lo más cordial» (B. ARAGÓN, *Raíces de España*. Inédito, p. 6).

43 Eso se deduce al menos de esta frase: «Le llamé por teléfono, y su hijo Rafael, que atendió la llamada, me dijo que no quería que lo visitara nadie, pero que, *tratándose de mí*, haría una excepción». La cursiva es nuestra.

44 Según esto, si la llegada de Aragón a casa de Unamuno fue, como reafirma, sobre las cuatro y media de la tarde, la muerte del ex rector debió producirse una hora después; esto es, entre las cinco y media y las seis de la tarde.

45 Nótese que no recoge Aragón la presencia de María, la hija de Unamuno, ni de doña Pilar que, según el testimonio de ésta a la señora Rudd, a los gritos de auxilio de Aragón acudieron a la habitación donde se hallaba Unamuno. El silencio no implica negación. Probablemente eran personas desconocidas para él. Sólo recordó a Aurelia, la criada, que sí la conocía porque fue la que aquella tarde le abrió la puerta de la casa. Obsérvese también que hay otros elementos nuevos en esta versión de Aragón.

46 En la plaza Mayor había dos farmacias, la de Urbina, todavía en el mismo sitio, inmediata a la escalera que da a la plaza del Mercado, y la de Rodríguez Para-

último, Aragón incurre en un lapso al decir que en diciembre de 1936 se «encontraba en Jaca, de teniente»⁴⁷.

Dejamos aquí el análisis comparativo de los materiales publicados hasta ahora sobre la muerte de Unamuno y la exposición de lo que esos mismos materiales informan acerca de la personalidad de su último interlocutor, Bartolomé Aragón. Sobre lo primero, hemos visto cómo las fuentes consultadas muestran cierta disparidad informativa, en algún punto contradictoria. Nuestra tarea ha consistido en abrir una línea de interpretación lo más verosímil posible al tenor de los datos disponibles. Al lector toca juzgar y completar lo aquí iniciado. Sin embargo, dentro de la diversidad de opiniones sobre hechos más o menos importantes, se mantiene vigente lo esencial, que son las palabras pronunciadas en aquella última conversación. Entre unos y otros testimonios hemos podido trazar una línea conti-

nas, situada más cerca de la casa de don Miguel, en el ala oeste de la plaza. ¿Sería ésta (hoy inexistente) a la que acudió Aragón? No lo precisa. Dice, por otra parte, que el médico que atendió a Unamuno pudo ser don Filiberto Villalobos. Éste, además de vivir cerca de la calle Bordadores, era amigo íntimo de don Miguel. Pero no puede ser porque don Filiberto estaba en la cárcel desde el 10 de agosto de 1936 y no salió de ella hasta 1939. Dato que debo igualmente a su hijo don Enrique Villalobos Mier, y que ya conocía entonces el propio Unamuno (M. DE UNAMUNO, *El resentimiento trágico de la vida*. Notas sobre la revolución y guerra civil española. Estudio de C. Feal. Madrid: Alianza, 1991, p. 51).

47 En aquel diciembre B. Aragón no pudo estar en Jaca ni ser teniente. No lo primero porque, como él mismo refrenda en una declaración jurada de 1975, permaneció en el frente de Riotinto, Huelva, «desde 15 agosto 1936 hasta enero de 1937» (*Expediente Militar de Bartolomé Aragón Gómez*, Archivo General Militar de Ávila). Su permanencia en ese frente no fue siempre física sino administrativo-militar, pues al ser funcionario docente, hubo de cumplir, entre otras, las Órdenes de 4/5-IX-1936 (*Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España*, Burgos, 8/10-IX-1936, nn. 18 y 19) y 26-X-1936 («BOE», 27-X-1936, n. 13) que regulaban la vida académica de los Institutos Nacionales de 2.ª enseñanza y asimilados, entre ellos las Escuelas de Comercio, y conminaban a los profesores y funcionarios del Estado a reintegrarse a sus destinos, cosa que no pudo hacer Aragón hasta el mes de noviembre. Más adelante volveremos sobre este asunto. Tampoco pudo llegar Aragón de teniente a Salamanca en diciembre del 36, pues no fue promovido a ese empleo hasta el 21-4-1938 («BOE», 28-4-1938). Sólo a partir del 1 de marzo de 1937, en que fue destinado como reciente alférez provisional al 6.º Grupo Divisionario de Intendencia de la VI División (Brigadas de Navarra) pudo operar en los frentes del Norte y de Aragón, en donde se encuentra el enclave de Jaca («BOE», 4-3-1937, n. 134. También: *Expediente Militar de B. Aragón*, cit. en esta nota).

nua y coherente, y aun enriquecer y perfilar lo que hasta aquí se sabía acerca de las circunstancias que rodearon la muerte de Unamuno. Sobre B. Aragón, en cambio, muy poco e impreciso es lo que las fuentes ofrecen, aun las fuentes primarias. La señora Rudd, dentro de la escasez en este punto, es quien más noticias da, y no siempre correctas o verosímiles. Se hace pues necesario ampliar el conocimiento de quien fue el último interlocutor de Unamuno. Es lo que hacemos a continuación, ciñéndonos, como es lógico, a la época salmantina de su juventud.

2. APUNTE BIOGRÁFICO SALMANTINO DE BARTOLOMÉ ARAGÓN

Quien esto escribe estuvo también en casa de don Bartolomé hablando con él en dos ocasiones, el 23 de diciembre de 1996 y el 28 de enero siguiente. Además de su palabra fluida y amena, vigorosa a pesar de la edad, bien timbrada, en la que con generosidad sin límite me fue dando múltiples y variadas noticias personales, familiares, profesionales..., comprensivas de un arco cronológico muy extenso, desde su infancia hasta la vejez...; además de la palabra oral, digo, me entregó para su examen y uso privado unos apuntes suyos inéditos escritos a máquina titulados *Raíces de España*, una especie de recorrido histórico por nuestra vida colectiva, poniendo énfasis en la íntima unidad *real*, social, entre sus pueblos. Subraya en estas páginas con intención manifiesta la españolidad cordial de los vascos más ilustres de nuestra historia, deteniéndose morosamente en Miguel de Unamuno, ejemplo singular de enraizamiento en el amor y el dolor de España. Comienza su escrito recordando su juvenil etapa salmantina y sus encuentros con don Miguel, y lo termina dedicándole el único poema que compuso en su vida.

Ahora que se ha marchado también para siempre de este mundo quien se quedó entonces literalmente con la palabra en la boca por el súbito y definitivo silencio de su anfitrión, Unamuno, y se ha cerrado ya en verdad, después de sesenta y cuatro años, por la ausencia conclusiva de su último interlocutor, Aragón, aquella conversación inacabada..., es el momento oportuno de hacer un

ligero esbozo biográfico de la etapa salmantina y juvenil de este hombre que forma ya parte del «universo» unamuniano, como provocador y a la vez notario de las últimas palabras de don Miguel; de la última frase dicha por él con elevación de la voz y golpe contundente de mano sobre la mesa-camilla, instantes antes de morir. Una frase corta que contenía tres palabras esenciales, no sólo de la elocución circunstancial sino de toda la obra de Unamuno —*Dios, España, salvación*—, y un rescoldo de virtudes teologales... El conocimiento de todo ello se lo debemos al joven nacionalsindicalista Bartolomé Aragón Gómez, que no le volvió la espalda a don Miguel en aquellos momentos críticos de su vida cuando otros, que en circunstancias más propicias se preciaban de amigos, lo hicieron de forma ostensible o vergonzante, dentro o fuera de la Universidad. Gracias al testimonio de este hombre sabemos que el «agónico» don Miguel murió sin agonía, metido azogadamente —con una pizca de descaro a lo santo Job— en el círculo cordial de sus más hondas preocupaciones. Bien merece, pues, Aragón el recuerdo de los lectores de Unamuno y de Salamanca, pues fue él quien nos lo entregó muerto-inmortal, resistiendo a la nada, como diría Julián Marías, hasta el último suspiro...

Bartolomé Aragón Gómez nació en Huelva el 24 de abril de 1909. Su padre, Arcadio, comerciante, quiso dar a su hijo una sólida formación mercantil con la idea de incorporarlo al negocio familiar que tenía en la capital onubense. Pensaba que así podría dar a su establecimiento mayor solidez y proyección. Siguiendo, pues, el deseo paterno, pasó primero a Sevilla y luego a Madrid, donde terminó sus estudios de Intendente Mercantil. Era finales de los años 20 y el momento adecuado de regresar a casa. Sin embargo, Bartolomé no regresó; o al menos no lo hizo con la intención que hubiera deseado su padre. Le habló con sinceridad, de hombre a hombre pero con respeto, como solían hacer los hijos de aquella época una vez cumplidos los veintiún años. Le expuso su idea de que lo que a él le gustaba verdaderamente era el Derecho y no el comercio. En la conversación debió haber sus más y sus menos, pero su padre transigió al fin con la condición de que estudiara y trabajara a la vez. Bartolomé marchó entonces a París. Allí se colocó en la Banque de l'Union Parisienne y asistió a algunas clases en la Sorbona.

Mientras tanto se examinaba por libre de Derecho en la Central, donde obtuvo finalmente el grado de licenciado.

En la universidad madrileña, por su laboriosidad y despejo, conquistó la simpatía y el aprecio intelectual de quien fue su profesor más querido y a quien siempre tuvo por maestro y amigo, don Joaquín Garrigues Cañabate, catedrático de Derecho Mercantil. Con él trabajó, y a la vista de sus buenas cualidades, le consiguió una beca en 1932 para estudiar en la Escuela de Ciencias Corporativas de la Universidad de Pisa. Entre sus profesores italianos recordaba con agradecimiento a G. Bottai, Ugo Spirito, Volpicelli, Sforza, G. Bruguier y sobre todo a Lorenzo Mossa, uno de los mercantilistas más famosos de la época⁴⁸. A su regreso, en 1934, trabajó como profesor ayudante de Garrigues, hasta que en septiembre de 1935 fue nombrado catedrático interino por oposición de *Legislación Mercantil Comparada* en la recién creada Escuela Profesional de Comercio de Salamanca. Y fue Unamuno, en ejercicio de su cargo de primera autoridad académica en la región, el que comunicó y avaló el nombramiento con su firma⁴⁹. Era el primer contacto, meramente

48 Como fruto de su estancia en Pisa fue el libro que publicó en 1937, en Salamanca, cf. nota 6. De Italia vino además diplomado por la Escuela de Ciencias Corporativas.

49 He aquí el texto del oficio: «La Subsecretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes con fecha 7 del actual, me dice lo siguiente: 'El Excmo. Sr. Ministro me comunica con esta fecha la Orden siguiente: Ilmo. Sr. De conformidad con lo dispuesto en el Decreto de 5 de octubre de 1934, y a propuesta del Comisario-Director de la Escuela Profesional de Comercio de Salamanca; este Ministerio ha tenido a bien nombrar a D. Bartolomé Aragón Gómez, Catedrático interino de Legislación Mercantil comparada de la referida Escuela Profesional, con la remuneración de 5.000 ptas. anuales, que abonarán por mitad el Ayuntamiento y la Diputación provincial de dicha Capital, a partir del 1.º de octubre próximo'. Lo que con inclusión del adjunto Título traslado a V. S. para su conocimiento, el del interesado y demás efectos. Salamanca, 10 de septiembre de 1935. El Rector. Miguel de Unamuno. Sr. Comisario-Director de la Escuela Profesional de Comercio de Salamanca» (AUSA, Caja 874/5; AI-190/5). El Comisario-Director, D. José García Isidro, le mandó un saluda para que asistiera el día 16 al Claustro constituyente de la Escuela. Por alguna razón, ese día o no hubo claustro o no pudo asistir Aragón, que tomó posesión de su cargo cuatro días después, el 20 de septiembre. También asistieron a este Claustro los profesores: Gregorio Hernando Colet, Pablo Salvador Prieto (Cálculo Comercial), Victorino Ronco González (Gramática Castellana), Jesús Ramírez López, Salvador del Castillo Gómez de Liaño (Geografía Económica), Juan López García (Física y Química), Emé-

formal y administrativo, entre el joven Aragón y el anciano rector. Poco después se conocerán personalmente y trabarán una cierta y curiosa amistad.

Bartolomé Aragón se alojó en el Hotel Novelty, en plena plaza Mayor, cuyo emplazamiento lo ocupa hoy la cafetería del mismo nombre. Y como muestra de una forma de ser sociable y solidaria, comprometida, apenas incorporado a la Escuela (septiembre de 1935), a menos de un mes de la toma de posesión, el Claustro le encargó organizar la Biblioteca del Centro para que «tanto los alumnos como los señores profesores, puedan completar y ampliar sus conocimientos». A la vez y con la misma idea le comisionó, junto con sus colegas Ronco y Ruiz, para traer a la Escuela conferenciantes «de reconocida competencia en los asuntos económicos y financieros»⁵⁰. Pero Aragón, que además de intendente mercantil era licenciado en Derecho, tuvo muy pronto la oportunidad de integrarse en la Universidad. Fue en diciembre de 1935, al ganar la plaza de profesor auxiliar temporal de Derecho Mercantil y Economía Política de la Facultad de Derecho⁵¹. A raíz de su nombramiento y toma

rito Paniagua Comendador (Inglés) y Ernesto Ruiz González de Linares (Legislación Mercantil Española). Excusaron su ausencia: Lorenzo Simón Moretón (Contabilidad General), José García Merino (Francés) y Julián Martínez del Campo y Muriel (Mercancías) (*Libro de Actas de Sesiones de Claustro de la Escuela Profesional de Comercio de Salamanca*. Claustro de 20-9-1935. AUSA, AC-2672/4; AI-203/4).

50 *Libro de Actas...*, en n. 49. Claustro de 15-X-1935, p. 4. Tan activo e interesado se mostró Aragón por la Escuela, puesto de manifiesto en sus continuas intervenciones en los Claustros, que el 6 de junio de 1936 fue incluido en la terna enviada al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes para el nombramiento de director titular. En ella figuraban, por este orden, Pablo Salvador Prieto (director accidental a la sazón), B. Aragón Gómez y José García Merino. El Ministerio optó por el primero el 2 de julio de 1936. García Isidro, comisario-director desde el 31-V-1935, presentó su dimisión el 6-IV-1936, una vez que consideró que la Escuela estaba «debidamente organizada y en marcha normal» (AUSA, Caja 2756/2; AI-210/2). La Escuela fue creada por Decreto de 5-X-1934, aunque la inauguración oficial no tuvo lugar hasta el 1-X-1935. El número de alumnos matriculados en ese primer curso fue de 122.

51 Dicha plaza quedó vacante en abril de aquel año por haber ganado Antonio Polo Díez, anterior auxiliar, la cátedra de Mercantil de la Universidad de Oviedo. El 11-X-1935 la Facultad de Derecho presidida por su decano, Manuel Torres López, acordó anunciar la provisión de la Auxiliaría, trámite que llevó a cabo el secretario de la Facultad, Máximo Peña Mantecón, el 18 del mismo mes: «Encontrándose vacan-

de posesión, desempeñó, de enero a junio de 1936, sustituciones y encargos de cátedra en las enseñanzas propias de su auxiliaría (Economía Política y Derecho Mercantil) y asistió durante ese mismo tiempo al menos a siete Juntas de Facultad. Incluso en la de 13 de marzo, en que el Ayudante de clases prácticas, Ángel Santos Mirat, afecto a las enseñanzas de Derecho Administrativo y Hacienda Pública, presentó como mérito un trabajo original sobre «Régimen jurídico de los Ferrocarriles en España», se le comisionó junto con el catedrático de Derecho Político, Nicolás Rodríguez Aniceto, para que informara sobre dicho trabajo⁵². Y fue tras su incorporación a la

te en esta Facultad de Derecho la plaza de Profesor Auxiliar temporal, correspondiente al grupo de enseñanzas de Derecho Mercantil y Economía Política, se anuncia su provisión mediante concurso de méritos con arreglo a lo dispuesto en el Decreto de 9-1-1919 y disposiciones complementarias... Es condición precisa para solicitar esta plaza vacante la de ser Licenciado o Doctor en Derecho, con la condición de haber verificado los ejercicios de reválida.// Esta auxiliaría está dotada con la gratificación de 3.000 ptas. anuales y su duración es por cuatro años, pudiendo prorrogarse por otros cuatro con arreglo a las disposiciones vigentes.// La Facultad se reserva el derecho, con arreglo a las disposiciones vigentes, de poder exigir a los aspirantes la práctica de algunos ejercicios que permitan apreciar la aptitud para el desempeño del cargo». El día 21 de noviembre acordó la Junta «se verifiquen por los aspirantes unos ejercicios de oposición cuyo número y clase queda al arbitrio del Tribunal». Éste quedó constituido por los catedráticos Gabriel Franco López (Economía Política y Hacienda Pública), Álvaro Calvo Alfageme (Derecho Mercantil) e Ignacio Serrano Serrano (Derecho Civil). «La Facultad manifiesta a este Tribunal su deseo de que los ejercicios se verifiquen antes de que comiencen las próximas vacaciones de Diciembre». Y así fue, pues el 26 de noviembre se notificó al Rectorado haberse celebrado el concurso-oposición, proponiendo al candidato Bartolomé Aragón (*Libro de Registro de Salida de la Facultad de Derecho 1934-1944*. AUSA, D1/L-0160). En la Junta de Facultad del 5 de diciembre se dio cuenta de la propuesta del Tribunal, «que consiste en declarar aptos a los Sres. Aragón Gómez y Aparicio Ramos, y lamentar no poder proponer ambos sino solamente al Sr. D. Bartolomé Aragón Gómez. La propuesta se acepta por unanimidad» (AUSA, Archivo de la Facultad de Derecho. *Libro de Actas de Juntas de Facultad*, n. 5). El nombramiento oficial se hizo por Orden del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de 19-XII-1935. Tomó posesión de su cargo el día 31 (*Expediente personal de D. Bartolomé Aragón Gómez*. AUSA, AC-1330/30).

52 A la Junta de ese día asistieron los siguientes catedráticos y profesores auxiliares: Manuel Torres López, decano (Historia del Derecho), Isidro Beato Salas (Derecho Internacional Público y Privado), Teodoro Andrés Marcos (Derecho Canónico), Nicolás Rodríguez Aniceto (Derecho Político), Wenceslao González Oliveros (Filosofía del Derecho), Esteban Madruga Jiménez (Derecho Civil), Ignacio Serrano Serrano

Universidad que el joven Aragón conoció a Unamuno y precisamente, según confesión a quien esto escribe, en la sala de profesores de la Facultad de Derecho.

Fue un día cualquiera del primer trimestre del año 1936, a partir de mediados de enero ⁵³. Don Miguel estaba allí con otros profesores ⁵⁴, y Aragón, que había ido a dar sus clases, al entrar en la sala y ver a Unamuno, a quien sólo conocía de oídas, pero que «como joven universitario que yo era —cuenta él mismo muchos años después— tenía gran ilusión por conocer personalmente a nuestro Rector», aprovechó para presentarse. Don Miguel, directo, a boca llena, le preguntó por su procedencia académica y universitaria... El joven Aragón, contento de hallarse por fin delante de aquel hombre singular, tan prestigioso, que gozaba de tanta fama dentro y fuera de España, y más contento aún de poder hablar con él, le fue diciendo los lugares por donde había pasado, los profesores que había tenido y los maestros que más huella habían dejado en su espíritu. Le

(Derecho Civil, 2.ª Cátedra), Luis Domínguez Guilarte (Prof. aux. Derecho Romano), Luis Portillo Pérez (Prof. aux. Derecho Civil), Jesús Esperabé de Arteaga y González (Prof. aux. Derecho Político. Derecho Internacional Público y Privado) y Máximo Peña Mantecón (Secretario, Prof. aux. Derecho Penal. Filosofía del Derecho) (AUSA, Archivo de la Facultad de Derecho. *Libro de Actas de Juntas de Facultad*, n. 5). Es muy probable que fuera el propio Rodríguez Aniceto, muy afín a Aragón, quien lo propusiera para formar parte de la comisión. Por otro lado las sustituciones o los encargos de cátedra, con responsabilidad docente en las respectivas asignaturas, le vinieron por las ausencias obligadas de los catedráticos Álvaro Calvo Alfageme (Derecho Mercantil) y Gabriel Franco López (Economía Política). Al primero lo sustituyó en enero del 36, por hallarse formando parte de un Tribunal de oposiciones a cátedra; al segundo lo sustituyó ininterrumpidamente a partir de enero hasta final de curso, entre otros motivos por haber sido nombrado Ministro de Hacienda. Por éste y otros motivos la Economía Política fue impartida casi totalmente por Aragón aquel curso. Incluso fue él quien examinó y firmó el Acta de examen (22-V-1936) (*Expediente personal de D. Bartolomé Aragón Gómez*. AUSA, AC-1330/30; y AUSA, Archivo antiguo de la Facultad de Derecho. Papeles varios).

⁵³ Muy probablemente Aragón se estrenó como profesor en la Facultad de Derecho el 14 de enero de 1936. El día antes recibió dos oficios del Decano encargándole asumiera desde el día siguiente, como profesor auxiliar y por ausencia de los catedráticos Franco y Calvo, las enseñanzas de Economía Política y Derecho Mercantil.

⁵⁴ Aragón recuerda concretamente a sus «queridos y admirados compañeros», los catedráticos Manuel Torres López (Historia del Derecho) y Nicolás Rodríguez Aniceto (Derecho Político).

dijo que era catedrático de la Escuela de Comercio de Salamanca y le habló sobre todo de las universidades por donde había pasado: Madrid, París y Pisa. Fue su estancia en esta última ciudad italiana lo que más atrajo la atención del Rector. Sobre todo saber que había vivido durante un curso en la Italia de Mussolini estudiando Economía corporativa y Derecho mercantil. Esto le despertó una gran curiosidad, y aprovechó para interesarse de testigo directo y español por el ambiente socio-económico, cultural y político de Italia, a cuyo Gobierno «atacó duramente»⁵⁵.

Aragón fue sincero y espontáneo pero breve, pues la hora de clase se echaba encima. El tiempo suficiente para recriminarle lo injusto de sus ataques y decirle que aquel Gobierno estaba haciendo un esfuerzo por implantar una justicia social superadora de la lucha de clases y acorde con la dignidad de la persona; justicia no lograda ni dignidad respetada por el capitalismo liberal burgués, el anarcosindicalismo y el socialismo marxista. En Italia, además, no existía paro obrero, y sí disciplina, orden, seguridad, incluso un fuerte sentimiento de unidad nacional, un ambiente social patriótico, alegre y optimista... Y para un no político, como él, aquella Italia le dio la posibilidad de ampliar sus estudios y especializarse en economía corporativa, una de las ramas de economía política más en boga entonces. Y esto era lo que más valoraba, pues con ese fin y el de preparar las oposiciones a cátedra, se había marchado. Le hizo ver la gran diferencia entre el régimen italiano y el español, abocado a la descomposición social por la demagogia y la anarquía revolucionaria. Hacía falta en España un Estado nuevo de autoridad que superara el trasnochado liberalismo sin caer en los excesos revolucionarios del socialismo y del anarquismo; un Estado fuerte que armonizara el Capital y el Trabajo mediante el Corporativismo integral, cortando de raíz la lucha de clases y la tendencia centrífuga de algunas regiones⁵⁶.

55 Cf. n. 16. Véase la posición negativa de Unamuno ante el fascismo italiano en Miguel DE UNAMUNO, *República española y España republicana (1931-1936)*. Artículos no recogidos en las obras completas. Introducción, edición y notas de V. González Martín. Salamanca: Almar, 1979, pp. 40-47. Poco más de un año antes de su encuentro con Aragón había escrito Unamuno que «en Italia se incita a las mujeres a hacer hijos, no para que vivan, sino para que maten, peor que para morirse (OC, III, 820).

56 De aquella primera conversación de Aragón con Unamuno sólo tenemos constancia de que el primero alabó el régimen de Mussolini y criticó la caótica

Al oír el rector lo del «Estado nuevo» corporativo y antiliberal, y las encendidas alabanzas a Italia, hechas tan a lo vivo por el joven fogoso, se enredaron en discusiones y terminaron muy enfadados. Pues aunque el rector estaba siendo muy crítico con la República y venía fustigándola con dureza, reclamando más amor a la inteligencia y menos a la revolución ciega e instintiva, destructora, no dejaba por eso de ser cordialmente liberal y viejo muñidor de internacionalismo y antimilitarismo⁵⁷. «Cuando reflexioné a solas —confesó, ya anciano, Aragón— me culpaba a mí mismo de lo impulsivo que yo era por aquellas décadas, pues cuando quería conocer a una persona de la categoría de Unamuno, lo primero que hacía era discutir con él». Lo malo era que no había posibilidad de seguir discutiendo. La clase le esperaba. Pero Unamuno quedó tocado, excitado positivamente por haber hallado en aquella sala de profesores de Derecho, así, de pronto, la perla de un discutiendo joven, noble, sincero, libre..., que se atrevió con él sin faltarle...

Varias veces más se vieron Aragón y Unamuno antes de aquellas vacaciones de verano y comienzo de la guerra civil. La vez siguiente fue al poco tiempo del enfrentamiento inicial, todavía en invierno o a comienzos de la primavera. Sea por las cualidades de su carácter, sea por el interés y activa implicación que mostró siempre por la marcha de la Escuela de Comercio, sea por ser entre sus catedráticos el único que era a la vez profesor de la Universidad, lo cierto es que aquélla, necesitada de espacio, «pues... teníamos muchos alumnos y no cabíamos en Puerta Tierra»⁵⁸, le encargó oficialmente gestionar ante el rector un nuevo edificio para el Centro, pues el que actualmente ocupaba (algunas dependencias de la

situación española, y el segundo vituperó aquel régimen (cf. notas 16 y 55). Lo demás lo hemos sacado del libro que Aragón quiso mostrar a Unamuno aquel fin de año, y que sería con toda probabilidad, junto con otros asuntos allí tratados, materia de charla entre ellos en las contadas ocasiones que se vieron a lo largo de 1936. Cf. B. ARAGÓN, *o. c.* en n. 6, sobre todo pp. 93-101.

57 Entre las numerosísimas citas que podemos traer a colación, quedémonos con una en que Unamuno expresa su rechazo al artículo 26 de la constitución republicana, y lo hace por ser un artículo, según él, «antiliberal y anticultural» (OC, VII, 1117).

58 Se refiere al edificio salmantino conocido como «Casa de la Tierra», situado en la Plaza de los Sexmeros, sede desde 1918 de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Salamanca. Aquí tuvo su primera sede la Escuela Profesional de Comercio.

Cámara de Comercio e Industria, cedidas gratuitamente por ésta) resultaba insuficiente para albergar a tantos matriculados. Ciento veintidós en el primer curso con expectativa de crecimiento. Se hablaba concretamente de ubicar la Escuela en el amplio edificio del antiguo Colegio Universitario de Trilingüe.

No le apetecía el encargo. Él mismo dejó escrito en sus apuntes: «Me resistía en llevar a cabo esta gestión, recordando mi primer encuentro con don Miguel, pero al fin hube de ceder». Y fue de nuevo en la Sala de Profesores de Derecho donde se acercó, nervioso, a Unamuno. «La verdad es que yo —confesó luego— no sabía cómo abordar la cuestión que me habían encomendado mis compañeros de la Escuela». Sin embargo, todo resultó más fácil de lo esperado. La «breve conversación fue de lo más cordial y agradable». El rector no sólo debió darle esperanza prometiendo estudiar el asunto con interés, sino que le reprochó «con el mayor afecto» lo poco que se dejaba ver⁵⁹. Pero llegó la hora de la clase y hubo de despedirse para darla, esta vez satisfecho y contento. Y cuál no fue su sorpresa cuando a la salida vio que Unamuno le estaba esperando para invitarlo a acompañarle. Los dos se dirigieron juntos, charlando, Rúa abajo, hacia sus respectivas casas. «A partir de entonces —anota Aragón— don Miguel me dispensó su amistad y afecto, siempre correspondido con mi admiración y cariño». Antes de despedirse, Unamuno le rogó fuera a verlo de cuando en cuando. Así fue cómo surgió entre ellos, a pesar de la diferencia de edad, una cierta amistad.

Pues no sólo una ni dos, repetidas veces se hizo acompañar Unamuno de aquel joven profesor recién llegado a Salamanca. Hasta el punto que, según me contó, algunos de sus colegas, tan jóvenes

59 La intervención de Aragón en el traslado de la Escuela debió tener un carácter oficioso, pues en los documentos oficiales no aparece actuando en este asunto ni individualmente ni en comisión. La Escuela venía haciendo gestiones oficiales al menos desde junio de 1936 hasta que, por fin, el 29 de septiembre se firma el Acta de entrega de una parte del Trilingüe. El hecho es que durante el rectorado de Unamuno la Escuela Profesional de Comercio de Salamanca se trasladó de la Casa de la Tierra (sede de la Cámara de Comercio) al Trilingüe, comenzando allí el curso 1936-37 (*Libro de Actas...*, en n. 49. AUSA, AC-2672/4; AI-203/4. También AUSA, Caja 2756/2; AI-210/2). El Acta de la entrega del edificio del Colegio Trilingüe a la Escuela de Comercio, en: AUSA, AI/Comercio (c/ Libreros). Cf. también noticia del traslado al Trilingüe en *El Adelanto*, Salamanca (2-X-1936): 3.

como él pero más antiguos en la Casa, extrañados de aquella que-
 rrencia, de aquella buscada compañía, no se lo explicaban. «¿Qué le
 has hecho a Unamuno para que, habiendo llegado el último, tenga
 esa deferencia contigo?». Bartolomé les responde sin vacilar: «No hay
 secreto. Por lo que vengo observando, vosotros le dáis la razón en
 todo, no os atrevéis a contradecirle, no le discutís sus ideas, sus opi-
 niones... Yo, más vehemente, acaso más insensato, hago lo contra-
 rio. Le discuto, le contradigo, le niego la razón cuando me parece
 que no la tiene. Y tal vez por ello desee que le acompañe y guste
 de mi charla...». Recordando con añoranza aquellos años, dejó dicho
 en sus apuntes que su amistad con el rector le hizo descubrir ya
 entonces «que a Unamuno le interesaba más que mi modesta forma-
 ción jurídica, un poco alejada de su amplia formación cultural, mi
 sinceridad de decirle siempre lo que de verdad pensaba sobre los
 problemas múltiples de que hablábamos. Por eso discutíamos y
 charlábamos. Así pasaron horas y días muy queridos por mí».

No fue, ciertamente, una relación de amistad intensa y prolon-
 gada, pero sí estimada por ambas partes. Las palabras que hemos
 dejado anotadas más arriba hablan de «admiración y cariño» de Ara-
 gón hacia don Miguel. Y por parte de éste, confiesa el primero que
 alguna vez le reprochaba «con el mayor afecto» lo poco que se deja-
 ba ver. Expresión manifestativa de una compañía que se deseaba.
 Y así, «sin darme cuenta», como dejó escrito en notas de nostálgica y
 dolorida memoria, entre charlas y paseos con el rector, «metido en el
 trabajo de la Escuela y de la Universidad y la preparación de nuevas
 oposiciones, estalló la maldita guerra de 1936».

«¿Maldita guerra...?». ¿La sentía así entonces el joven B. Aragón?
 ¿Podía pensarla así, bajo ese epíteto, en julio de 1936, él, que había
 vivido la experiencia reciente de una Italia fuerte y unida, organi-
 zada y laboriosa, disciplinada, vivencia tanto más punzante cuanto
 que se dejó impresionar intensamente «por el desorden y la anar-
 quía» que, según sus palabras, encontró en España a su regreso?
 Probablemente no... En aquel tiempo, un hombre como él, ahor-
 mado al pensamiento económico del fascismo bebido en sus fuen-
 tes, cuyo fundamento y desarrollo requería una sólida estructura
 social inexistente en España, no es probable que aquella guerra
 fuera calificada por él entonces de maldita. Fue tal vez la experien-
 cia de los años, que suele dulcificar ímpetus y engendrar sabiduría,

la que le hizo escribir ese adjetivo, y retroproyectarlo. Es cierto que a B. Aragón, como a tantos y tantos españoles, la guerra frustró planes de ejecutoria personal ⁶⁰. Quizá, desde esta perspectiva, pueda comprenderse también la calificación dada a la guerra civil en sus años maduros.

En todo caso, maldita o no para él entonces, la guerra le cogió de vacaciones en Huelva, marchando en seguida al frente más próximo de batalla, probablemente como «camisa azul». En efecto, una vez la capital onubense en poder de los nacionales (29 de julio de 1936), se encuadró como voluntario a mediados de agosto en la columna Tercio de Requetés «Virgen del Rocío», comandada por el teniente de navío Pedro Pérez de Guzmán y Urzaiz ⁶¹. Esta columna tomó parte en la liberación de los pueblos de la provincia de Huelva, operando sobre todo en la cuenca minera de Río Tinto. Esto, unido a su militancia en la Falange de Huelva, donde estaba agregado a su Jefatura ⁶², explica que Aragón, a pesar de estar obligado

60 Él mismo dice que estaba preparando «nuevas oposiciones», probablemente a cátedra de Universidad. La guerra frustró sus planes.

61 Cf. n. 4. Al comienzo de la guerra, a falta de un ejército regular bien constituido, se formaron numerosas columnas de voluntarios, generalmente mixtas, como era ésta en la que se enroló B. Aragón. Mandadas por un militar profesional, estaban formadas comúnmente por voluntarios falangistas y requetés, algunos números de los Cuerpos armados y pocos soldados de reemplazo. No eran unidades adiestradas para la guerra, por más que estuviesen dotadas de un alto espíritu combativo. Refiriéndose a los días iniciales del Movimiento, escribe M. Aznar sobre estas columnas o unidades: «En realidad, se contaba con muchos combatientes dispuestos al sacrificio de su vida, pero no se puede decir sin exageración que, fuera del Ejército de África, hubiera soldados. Es, por consiguiente, justo, cuando se habla de los efectivos movilizados en aquella época, decir que se contaba con esta o aquella cifra de hombres, pero sin asegurar que las unidades iban integradas por soldados auténticos. El soldado es el hombre que comprende y conoce la guerra; los valerosísimos voluntarios de la primera época tenían del combate, de la maniobra, del fuego y de la trinchera, una idea puramente literaria y romántica» (Manuel AZNAR, *Historia militar de la guerra de España*, I. Madrid: Edit. Nacional, 1969, p. 135. Sobre la composición de estas columnas o unidades y su actuación en la región de Huelva y otros frentes, véanse también pp. 140-143, 164, 211-217).

62 Cuando Aragón marchó de vacaciones de verano, no dejó su dirección. Por eso la Escuela de Comercio no pudo enviarle a Huelva la paga de julio. Sin embargo, una vez iniciada la guerra, y en la primera decena de septiembre, se recibieron por vía externa noticias suyas. Se le comunicó entonces por telégrafo que la paga

por reiteradas Órdenes y Decretos a reintegrarse en septiembre a sus destinos docentes en Salamanca, no llegara a ésta por lo menos hasta el 21 de noviembre, en que lo vemos de nuevo asistiendo al claustro de la Escuela de Comercio⁶³. En dicho claustro se le nom-

de julio estaba a su disposición y «la conveniencia de que se reintegrara a esta Escuela para el día 15 del corriente» mes de septiembre. (En la nota siguiente se relacionan las Órdenes que regulaban la conducta a seguir por las Escuelas de Comercio y Universidades en aquel primer comienzo de curso en guerra, en virtud de las cuales se le hizo saber a Aragón la conveniencia de su reintegro a su destino docente). Ante esta comunicación, la Jefatura de Falange Española de las JONS de Huelva envió el 16 de septiembre un escrito a la Escuela y otro a la Facultad de Derecho solicitando autorización para que Aragón pudiera *permanecer* en la capital onubense «agregado a dicha Jefatura» (AUSA, Caja 2756/2; AI-210/2; y AUSA, Archivo antiguo de la Facultad de Derecho. Papeles varios). Probablemente Aragón ocupaba un cargo relacionado con Prensa y Propaganda en Huelva, quizá como director del periódico falangista *La Provincia*. Son hipótesis que hay que confirmar. En todo caso, ya se sabe por qué fue precisamente ese periódico el que ofreció a Unamuno el último día del año. Aragón, agregado a la Jefatura de Falange de Huelva, lo había traído consigo a Salamanca en noviembre.

63 Aragón, funcionario del Estado como catedrático de la Escuela de Comercio y profesor de la Universidad, tenía que haberse presentado antes en Salamanca. Así lo disponía una serie de Órdenes de la Junta de Defensa Nacional. Ya el 28-VIII-1936 (*Boletín Oficial* del 29, n. 13) se ordena a los Centros de Secundaria, Normales, Comercio, Industriales y Artes y Oficios adopten «las medidas convenientes para que todos los servicios docentes y administrativos reanuden su marcha normal... con arreglo a la legislación vigente». Otra Orden de 4 de septiembre (*Boletín Oficial* del 8, n. 18) dictaba a los Centros señalados ciertas normas, entre las que destacamos: *a)* La reunión de los Claustros, en la 1.^a quincena de septiembre. *b)* Los exámenes extraordinarios, en la 2.^a quincena. {Nótese que en el curso 35-36 Aragón figuraba en nueve Tribunales para las convocatorias de junio, septiembre y enero.} *c)* La apertura de curso, el 1.^o de octubre. Se facultaba además a los Centros a «llamar a su seno a los profesores que por causa de la guerra no puedan presentarse en el Instituto [o Centro análogo] a que pertenecen, hallándose sin ocupación oficial en la población de su actual residencia». Una Orden de 5 de septiembre (*Boletín Oficial* del 10, n. 19) daba normas a las Universidades. Lo más llamativo a nuestro objeto es la suspensión de los exámenes extraordinarios, aspecto a tener en cuenta para aquilatar los motivos de la presencia de Aragón en Salamanca aquel fin de año, que no pudo ser para examinar en la Universidad, aunque sí pudo serlo para examinar en la Escuela (en relación con este punto véase la Circular de 19-XII-36, «BOE» del 21, n. 63). Se ordena también que el profesorado universitario se presente en sus destinos el día 15 de septiembre. «Los que no lo hicieren, habrán de acreditar la imposibilidad de efectuarlo, por hallarse en poblaciones no sometidas a la Junta de Defensa Nacional o encontrarse en el Ejército o militarizados [caso de Aragón], sin

bró, junto con Pablo Salvador Prieto y Domingo Sánchez Hernández, miembro de una comisión para informar al nuevo rector, don Esteban Madruga, de la precaria situación de la Escuela y solicitar su apoyo en las gestiones que estaba llevando a cabo ante las Corporaciones locales (Diputación y Ayuntamiento), y aun ante la Junta de Defensa Nacional de Burgos. Entre los graves problemas económicos a resolver descollaba la falta de fondos para pagar al profesorado, que llevaba ya varios meses sin cobrar⁶⁴. Lo interesante a nuestro objeto es saber que Aragón estaba ya en Salamanca desde el mes de noviembre incorporado a sus destinos docentes. Más aún, hay indicios serios para pensar que permaneció en la ciudad hasta bien entrado enero del 37, cumpliendo diversos encargos y comisiones dentro y fuera de las instituciones académicas⁶⁵. Y si esto es

cuyo requisito no podrán percibir haber a partir de aquella fecha. Un Decreto notable es el de 8-IX-36 (*Boletín Oficial* del 12, n. 20), que regula la situación de los empleados públicos a quienes haya sorprendido el Movimiento Nacional, con causa justificada, fuera de su residencia oficial [caso de Aragón]. El 13-IX-36 (*Boletín Oficial* del 13, n. 23) se da otra Orden cancelando licencias y comisiones a catedráticos, profesores y maestros dependientes del Ministerio de Instrucción Pública, salvo por enfermedad o los que acrediten la imposibilidad de haberse reintegrado a sus puestos [situación de Aragón]. Por fin, el 26-X-36 («BOE» del 27, n. 13), formada ya la Junta Técnica del Estado en Burgos, se dicta una Orden instando a que «todos los funcionarios del Estado, que se encuentren actualmente fuera del lugar en que desempeñaban sus cargos antes del alzamiento nacional, deberán reintegrarse a sus destinos, si estos se prestaban en territorio ahora ya ocupado por el Ejército, en el plazo máximo de cinco días, a contar desde el siguiente a la publicación de la siguiente Orden». Otras dos Órdenes hay para comprender la situación administrativa de B. Aragón en los primeros meses de guerra, las de los días 4 y 7-XI-1936 («BOE» del 7 y 10, n. 24 y 26). Creo que es a partir de estas tres últimas disposiciones cuando hubo de tomar Aragón la determinación de volver a Salamanca.

64 La última paga librada fue la de agosto, pero tres catedráticos, entre ellos muy probablemente Aragón, no cobraron siquiera ese mes (Oficio al rector de 10-XII-1936. AUSA, Caja 2756/2; AI-210/2).

65 Vemos a Aragón actuando en los sucesivos Claustros de la Escuela de Comercio de 8 y 15 de diciembre, en los que se van dando cuenta de las gestiones hechas ante la Diputación, el Ayuntamiento y el rector por la comisión nombrada en el Claustro de 21 de noviembre, de la que formaba parte, como sabemos, el propio Aragón. Por tanto, no parece que se moviera de Salamanca durante ese tiempo. Pues el encargo que se le hizo en noviembre de ir junto con P. Salvador Prieto a Burgos «para hacer las gestiones directamente con la Junta Nacional», no parece se llevara a efecto de momento (*Libro de Actas...*, en n. 49. AUSA,

así, es claro que B. Aragón no cayó aquel fin de año en Salamanca como un meteorito ni fue sólo para examinar, como él mismo dio a entender a Rudd en 1959 y repitió en su declaración a la prensa en 1986 y al que esto escribe en las dos visitas que le hice; ni es oportuno preguntarse ya, en esa forma intrigante de Rudd: «¿Qué misión urgente le trajo a Salamanca aquella víspera de Año Nuevo?», cuando se sabe que llevaba más de un mes en la ciudad incorporado a la Escuela, a la Universidad y a otros oficios derivados de la nueva situación política ⁶⁶.

AC-2672/4; AI-203/4). Más aún, entre noviembre y diciembre de 1936 se estaban poniendo en marcha con carácter temporal las Comisiones depuradoras del profesorado de todos los niveles (Decreto de 8-XI-1936 y Orden de 10-XI-1936 [*BOE* del 11, n. 27]; y Circular de 7-XII-1936 [*BOE* del 10, n. 52]. Disposiciones que manifiestan el sentido y alcance de la depuración que se pretendía). Y Bartolomé Aragón, en su calidad de catedrático de la Escuela de Comercio y claramente adicto al Movimiento Nacional, fue nombrado para Salamanca vocal de la Comisión «C» (Carta de B. Aragón de 29-I-1937 al Secretario de la Facultad de Derecho. AUSA, Archivo antiguo de la Facultad de Derecho. Papeles varios), encargada de recabar los informes, instruir los expedientes y proponer las resoluciones sobre todo el personal adscrito a los Institutos de 2.ª enseñanza, Escuelas del Magisterio, Comercio y Artes y Oficios. Esta Comisión, presidida por el gobernador civil, tenía que actuar con urgencia, pues sus trabajos debían estar concluidos «en el plazo de un mes, a contar de la fecha de su constitución». Una razón más para pensar que Aragón tuvo que estar en Salamanca todo este tiempo. Si a esto se añade que, después de la muerte de Unamuno, lo seguimos viendo en Salamanca, como se pone de manifiesto por su asistencia al Claustro de Comercio el 11 de enero de 1937, y dos cartas que escribe desde la capital charra al Secretario de la Facultad de Derecho, la ya citada y otra del día 26, parece claro que Aragón, como decimos, residió habitualmente en Salamanca de noviembre del 36 a enero del 37. Lo que implica tener que corregir, no ya la pregunta intrigante de Rudd, sino incluso el propio testimonio de Aragón, que en cuanto al mes de su arribo a Salamanca pudo sufrir un despiste.

⁶⁶ Aragón fue nombrado también entonces vocal del Tribunal Contencioso-Administrativo de Salamanca (cf. su carta de 29-I-1937, cit. en nota anterior). Para conocer su actuación extraacadémica hay que investigar en los Archivos del Gobierno Civil de Salamanca, cuyos fondos de aquel tiempo están todavía sin clasificar en el Archivo Histórico Provincial. Y en los Archivos del Tribunal Contencioso-Administrativo y de la Comandancia Militar. En cuanto a los exámenes hay que decir que como catedrático de la Escuela de Comercio (único centro en el que pudo entonces realizarlos) le correspondía haberlos hecho en septiembre, cosa que no hizo por hallarse en Huelva, así como en enero del 37, que tampoco hizo por haberse retrasados los exámenes a febrero, justo cuando dieron comienzo en Burgos los cursillos

Cuando Bartolomé Aragón Gómez fue a ver a Unamuno el 31 de diciembre de 1936, no era sólo un catedrático de la Escuela de Comercio ni un Profesor auxiliar de la Universidad quien iba a visitarlo; era un docente y un jurista que ocupaba ya por entonces (o estaba a punto de ocupar) cargos de confianza al servicio de la Junta Técnica del Estado creada por Franco (29-IX-/1-X-1936). Un soldado voluntario del Ejército nacional donde llegaría a ser muy pronto alférez provisional de Intendencia y más adelante teniente del mismo arma. Un nacional-sindicalista convencido de la bondad del corporativismo que él llamaba «integral» para distinguirlo de los ensayos primorriverista (Eduardo Aunós) y social-azañista (Largo Caballero), doctrina político-económica propuesta como remedio a los grandes males de la patria, esperanzado de superar la lucha de clases tanto como la injusticia social. Un militante de Falange Española de las JONS (todavía no se había hecho la unificación), partidario de un régimen de autoridad, jerárquico, defensor de la unidad y grandeza de España, cuyo destino histórico trasciende a los partidos y sistemas de Gobierno; apologista de un Estado Nuevo totalitario, que pusiera freno al anarquismo y socialismo revolucionarios tanto como al capitalismo liberal insolidario y a la democracia demagógica y conservadora (o seudo-progresista) de los privilegiados de todas clases..., y a los separatismos morbosos que apuntaban desde fines del siglo XIX. Un joven negador del materialismo histórico y lleno de fe —civil y religiosa— en España. Ese era el B. Aragón que fue a ver al Unamuno cordialmente individualista, liberal y democrático, muy a lo siglo XIX, al estilo doceañista, aquella última tarde de 1936.

Mucho tenían en común el viejo ex rector y el joven catedrático, pero mucho también le separaban. Unamuno había criticado duramente «aquella» República de comportamiento anti-liberal y laicista; había tachado de «camelo» su Constitución y denostado el Frente Popular y los separatismos; había descargado tinta contra la anarquía y había denunciado la lucha de clases y el odio mortal que

de alféreces provisionales, a los que acudió para obtener ese empleo. Así pues, Aragón no examinó ni en diciembre del 36 ni en enero-febrero del 37. Sí examinó, en cambio, en enero de 1938, tanto en Derecho como en la Escuela.

se respiraba en el ambiente de la España pre-bélica... Había proclamado bien alto que era preciso salvar en el aquí y ahora de entonces la civilización occidental y cristiana⁶⁷. Pero sin descoyuntar justicia y libertad, que era en su opinión lo que había de peligroso en ese concepto de Estado Nuevo que se estaba imponiendo en Italia, Alemania, Portugal y España en ciernes, pero también en la Rusia soviética⁶⁸. Tenía miedo que ese Estado-ídolo traído por todos los anti-liberales, fueran de derecha, de izquierda o de centro, sacrificase ante su altar el hombre interior, la libertad, cometiendo injusticia mayor que la que se pretendía evitar...⁶⁹.

Aquel Unamuno de barba blanca y cabellera blanca revuelta que tuvo a bien recibirlo aquella última tarde del año no se rindió a partido alguno. Asumió como un auténtico profeta bíblico la misión de dejar a España «acrecentada, mejorada, exaltada en las conciencias de los españoles venideros —y de los que sin serlo la conozcan— sintiéndola no ya fuera, sino contra la disciplina de

67 No era el único que levantaba en Europa la voz en este sentido. Cf. A. HEREDIA, «Alain Guy y Salamanca», *Naturaleza y Gracia*, Salamanca, XL/1(1993): 82; ID., «Alain Guy (1918-1998). Hispanista filósofo», *Revista de Hispanismo Filosófico*, Madrid (1999): 63, n. 4.

68 M. DE UNAMUNO, «Acerca de la censura», en *República española...*, o. c. en n. 55, pp. 364-366. Véase también p. 425; ID.: OC, I. Madrid: Escelicer, 1966, pp. 723-725; ID., Carta a Quintín de Torre (I-XII-1936), en UNAMUNO, *Epistolario...*, o. c. en n. 3, pp. 351, 353; «Hombre, más que pueblo, más que nación», había dejado escrito en junio del 35 (ID., OC, I, p. 722); ID., *El resentimiento...*, o. c. en n. 46, p. 39.

69 «Lo que más desconsuela —escribía en julio de 1933— es no hallar campo para las ideas eternas de justicia y humanidad» (Unamuno, OC, VII, o. c. en n. 2, p. 1129). Más adelante remachaba: «Queríamos creer que las heridas que la libertad hace es la libertad misma la que las cura» (*ibid.*, p. 1016). «Tenemos que librarnos —y libertarnos— de facciosos de derecha, de izquierda y de centro, de inventores de dogmas, de falsificadores de la Historia, de inquisidores y de definidores» (*ibid.*, p. 1020). «¿Qué? ¿Qué dice usted, amigo? —escribe en 1934—. ¿Que a qué partido, secta, escuela, hermandad o círculo pertenezco? Al de ir haciendo que cada uno de ellos vaya a entender su propio entendimiento, y no es poco» (*ibid.*, p. 1031). «Y no me pregunte usted ahora, amigo mío, qué partido tomo. No tomo partido, que ni he sido ni seré hombre de partido» (*ibid.*, p. 1056). «Usted sabe —decía en otra ocasión— que huyo como de la peste de que se me quiera clasificar» (*ibid.*, p. 1139).

partidos, contra dogmas políticos»⁷⁰. Unamuno era un anarquista civilizado que se movía libre «en la circunferencia que ciñe al centro y a los extremos»; un inquieto hombre universal, pero encarnado y patriota, que por «sentir el juego dialéctico y fecundo de las contradicciones, raíz y sostén de la conciencia viva», intentó inútilmente la compenetración de los contrarios en ese manicomio suelto que, según él, llegó a convertirse España en tiempos de la República⁷¹.

Ningún grupo le hizo caso y, por tanto, ninguno le satisfizo plenamente, ni siquiera aquellos que luchaban contra la caótica situación, como la Falange de José Antonio. Ciertamente que ésta se aproximó al maestro haciéndole saber, incluso por boca de su fundador, lo mucho que había tomado de su obra y pensamiento⁷². Pero Unamuno se resistió siempre a la confusión, al liderazgo y no digamos a la afiliación. Ni antes ni después de su contacto con Falange, ni antes ni después del 18 de julio, ni antes ni después de su adhesión al Ejército, dejó de hostigarla con creciente energía y agrio sarcasmo, si bien supo diferenciarla con nitidez de otros grupos guiados por «el sentimiento materialista de la historia»⁷³. Pero a todos, a todos, incluida la Falange a la que pertenece

70 M. DE UNAMUNO, OC, VII, o. c. en n. 2, p. 1017.

71 «¡Pobres hombres los que se ponen a tiro hecho a marchar, por la derecha o por la izquierda, sin vaivenes ni bamboleos y sin comprender que no se abraza un problema sino a dos brazos, derecho e izquierdo, apechugándolo al corazón —que es centro alterutal—, y para manejarlo con ánimo, no diestro ni zurdo, sino maniego!» (UNAMUNO, «Programa de un cursillo de filosofía social barata, V», en *República española...*, o. c. en n. 55, p. 383). Su pesimismo sobre la posibilidad de lograr entre los españoles la integración de los contrarios, o lo que él llamaba la «alterutalidad», queda patente en estas palabras de mayo del 35: «¡Ay, Dios de mi España!, ya que, por ley natural, no me quedan muchos años de ella, de mi tierra; mas aunque me doblaran la vida no lograría hacer entrar este sentido dialéctico —histórico— de la Historia, este juego fecundo de las contradicciones, en esas almas de cántaro» (UNAMUNO, OC, VII, o. c. en n. 2, pp. 1143-1145); «Creeríase que España se ha vuelto un manicomio suelto» (*ibid.*, IV, p. 1315). Sobre la misma idea: *Id.*, *República española...*, o. c. en n. 55, pp. 413, 434.

72 Francisco Bravo: o. c. en n. 10. Véase también del mismo autor: «Unamuno y el Movimiento Nacional», *Orientación Española*, Buenos Aires (1-2-1938): 26, n. 10.

73 UNAMUNO, *El resentimiento...*, o. c., en n. 46, pp. 27, 33, 39, 47-49, 51, 55-57, 59; *Id.*, OC, VII, o. c. en n. 2, pp. 1071-1073, 1155; t. VIII, pp. 1242-1244, 1247; t. IV,

cía el joven que lo visitaba aquel fin de año, acusaba por igual de odio a la inteligencia, de falta de sentido histórico y religioso, de hartura de resentimiento, de ignorancia de España y de pronunciar el nombre de Dios en vano...

Cuando B. Aragón llegó a casa de Unamuno aquella tarde, éste había sido ya exaltado y vilipendiado por uno y otro bando, abandonado por casi todos sus compañeros de Claustro y contertulios de la ciudad. Su «alterutalidad», fracasada, quedaba como herencia incomprendida en medio del estruendo bélico. Caído en desgracia de todos y de todo, pesimista, fatigado, acongojado, desengañado..., atormentado quizá por una cierta conciencia de culpabilidad, se recogió en su hogar, «cárcel disfrazada» la llamó él, como en una burbuja de oxígeno, releyendo viejas y nutritivas lecturas⁷⁴. Hasta allí llegó, pasando por delante del policía que lo vigilaba, Bartolomé Aragón⁷⁵. Lo encontró «extremadamente afectado en su camilla»⁷⁶. Y aparte del saludo ritual y pregunta protocolaria por el estado de su salud, que él quería hacer creer que era excelente, lanzó a su visitante en poco tiempo, apretada y acuciosamente, como presintiendo la proximidad de su fin, todo cuanto había venido escribiendo pública y privadamente en los últimos meses. No le habló del «pobre general Franco», de «este supuesto caudillo», por quien todavía sentía un hilillo de confianza. Le habló, en cambio, con amargura y dolor, de otras cosas⁷⁷. Aprovechó que estaba delante de un falangista para quejarse y protestar precisamente de Falange, y hasta le habló acaso, porque

pp. 1315-1316; Id., *República española...*, o. c. en n. 55, pp. 357, 386-389; Id., *Epistolario...*, o. c. en n. 3, pp. 349-355.

74 Hacia dos años largo que había escrito a un «padre acongojado»: «Amigo mío, yo, en mis últimos días, cuando entran tiempos difíciles, me consuelo y reconforto releyendo a mis evangelistas. Que no son sólo Mateo y Marcos, y Lucas y Juan, y Pablo, sino otros también. Entre ellos Spinoza y Kierkegaard...» (OC, VII, o. c. en n. 2, p. 1053).

75 El día anterior, 30 de diciembre, fue también a visitarlo su compañero de la Facultad de Filosofía y Letras, Francisco Ynduráin. Cf. su artículo: «Con Unamuno en su estudio, la víspera de su muerte», *Ya*, Madrid (31-XII-1986).

76 B. ARAGÓN, *Raíces de España*. Inédito, p. 6.

77 Cf. el prólogo de Ramos Loscertales en: B. ARAGÓN, o. c. en n. 6, pp. 13-16.

lo tenía clavado en el alma, del papel de verdugo que estaba haciendo su milicia en retaguardia, y del temor de que «una gran parte de nuestra juventud caiga en la innoble abyección en que han caído las juventudes de Rusia, de Italia y de Alemania»⁷⁸. Ni siquiera quiso aceptar por cortesía o compromiso el obsequio de una revista o periódico que había traído de Huelva. Nada que tuviera que ver con Falange le interesaba ya, él, tan atento siempre a tomar el pulso diario de su España. Pero es que Falange, según Unamuno, había cometido el pecado más grave que a sus ojos podía cometer un hombre o una institución: el ir contra la inteligencia. Origen de otros muchos pecados deleznable..., había mostrado, según él, tanto o más que otros grupos, odio hacia ella. Y así, sin remilgos, se lo encajó a su joven visitante.

Aragón, defendiéndose de esta acusación con aplomo, respondió a Unamuno que Falange había hecho un llamamiento a los intelectuales y les prestaría su apoyo⁷⁹. Quizá le mencionaría también nombres, principalmente jóvenes, del periodismo, las letras y las ciencias afiliados a su milicia. El caso es que Aragón, el falangista, impresionado tal vez por las palabras de don Miguel, tuvo un momento de descorazonamiento, de desconcierto interior..., y no pudo menos de manifestar un cierto pesimismo sobre el porvenir de España. Pero en su expresión encajó la palabra «Dios», y ese matrimonio lingüístico —Dios/España— se le clavó en el alma a su viejo amigo y ex rector. Y aquí se cambiaron los papeles, aquí la conversación tomó otro giro. Ahora fue Unamuno quien hizo gala de un optimismo paradójico, de una esperanza trágica, teniendo en cuenta las circunstancias. «*¡Eso no puede ser, Aragón! Dios no puede volverle la espalda a España. España se salvará porque tiene que salvarse*». Fueron sus últimas palabras.

78 UNAMUNO, *Epistolario...*, o. c. en n. 3, p. 351.

79 ¿Se referiría Aragón al último párrafo del escrito redactado por José Antonio en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, cuando fue detenido el 14 de marzo de 1936? «La Falange —escribía— cumple su promesa y os convoca a todos —estudiantes, intelectuales, obreros, militares, españoles— para una empresa peligrosa y gozosa de reconquista» (José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Discursos y escritos II (1922-1936)*. Recopilación de Agustín del Río Cisneros. Madrid: IEP, 1976, p. 973).

Ante ellas el observador atento no puede pasar por alto que hacía un año Unamuno había dicho que cuando se encontraba con un entusiasta convencido —era el caso de Aragón al comienzo de la visita— no sabía si compadecerlo o envidiarlo⁸⁰. Y ahora, al final de ella, aunque sin saber que era el final, ante un decaimiento de ánimo del falangista, salía con eso de la confianza en Dios y en la salvación de España. ¿Sería que los recuerdos de esperanza, como escribió en marzo del 36, le animaban en ese último instante de su vida a seguir esperando?⁸¹ Pero... ¿qué España era la que tenía que salvarse? Naturalmente, la unamuniana, la de uno y otro bando, lo mejor de ellas, porque su afán de comprensión —su famosa clave hermenéutica de la «alterutalidad»— abarcó a todos. Lo cierto es que tras esas palabras entregó su alma al Dios de su España. Y Bartolomé Aragón, esa persona de la que siempre se hablaba y casi nada se sabía, o lo que es peor, cuyo perfil quedaba simplificado con el cómodo y único apelativo de «falangista», sale de estas páginas más enriquecido en su trayectoria juvenil salmantina hasta la muerte de Unamuno.

No sé si Aragón asistió o no al funeral y entierro de don Miguel. Probablemente no se lo permitió su estado de ánimo. La fuerte impresión sufrida al recoger el cadáver del ex rector y los bulos que podían correr, y de hecho corrieron, sobre las causas de su muerte, le apartaron tal vez de aquellas ceremonias religiosa y política. En todo caso, guardó durante el resto de su vida fiel e íntimo recuerdo de su viejo amigo, alimentando su misma esperanza. «Hoy, cargado de años —escribía en sus apuntes inéditos— tengo la misma fe y confianza de que España se salvará, porque tiene que salvarse, que tenía don Miguel el día 31 de diciembre de 1936»⁸². De esta manera, tal vez sin saberlo, cumplía Bartolomé Aragón aquello que dejó escrito Unamuno a comienzos de ese

80 UNAMUNO, *República española...*, o. c. en n. 55, pp. 383-384.

81 *Ibid.*, pp. 407-409.

82 B. ARAGÓN, *Raíces de España*. Inédito, pp. 8-9.

mismo año: «... no sé ni cuántos ni cuáles acudirán a mi entierro. Lo que deseo es que me entierren, que me adentren en sí aquellos que me hayan leído. Que son los que me han hecho... Y no me importa cómo me haya visto. ¿Es que yo me veo mejor a mí mismo?»⁸³.

Antonio HEREDIA SORIANO⁸⁴
Universidad de Salamanca

83 UNAMUNO, OC, VIII, o. c. en n. 2, p. 1146.

84 *Nota de agradecimiento*. Este trabajo no hubiera sido posible sin la ayuda de muchas personas e instituciones. A todas les estoy agradecido, pero es obligado mencionar aquí aquellas que han seguido más de cerca mi labor, facilitándome información oral, papeles y documentos. Primero, un recuerdo a la buena memoria de don B. Aragón, quien tuvo la amabilidad de confiarme su manuscrito, *Raíces de España*, que tanto me ha ayudado a penetrar en su espíritu. Luego todos los demás: José Paniagua Melón y su madre, gentiles anfitriones en su casa, que fue antaño la de Unamuno; Eduardo Estévez Garzón, concejal con Unamuno, prodigio de memoria y corazón; Enrique Villalobos, hijo de don Filiberto, todo disponibilidad; Luis Santos Gutiérrez, nieto político de don Miguel, siempre abierto a aclarar mis dudas sobre cuestiones familiares; Araceli y María José, cancerberas celosas en la Facultad de Derecho de tantos papeles viejos, facilitados con permiso de la autoridad y con tanta amabilidad por su parte; Archivo General Militar de Ávila, que tan diligentemente me sirvieron los papeles; Ayuntamiento de Santander, que me facilitó sitio para trabajar en su riquísima hemeroteca; Gobierno Civil de Salamanca, que me facilitó pistas sobre sus documentos del tiempo de la guerra, depositados en el archivo Histórico Provincial. No he tenido acceso a ellos por hallarse en proceso de catalogación, y sin embargo son de necesaria consulta para perfilar la biografía salmantina de Aragón. También merece mi agradecimiento el personal de la Casa-Museo de Unamuno y de todos los Servicios de los Archivos universitarios (largo sería mencionar sus nombres, pero los tengo presente)... A todos, muchas gracias por su colaboración. Y, naturalmente, a mi propia familia, cuyo reconocimiento es de otra índole, pero no por eso lo voy a silenciar, pues sin su comprensión y sacrificio no hubiera podido realizar el trabajo.